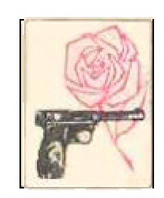


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Se solicitan espías

La aventura transcurre en un país imaginario, situado en el golfo de México, llamado Archipiélago de Todos Los Santos, donde hay gente aparentemente honesta y bondadosa pero en realidad retorcida y malvada tramando siniestros planes que, como siempre, satisfacen la codicia de los malos y ponen en gravísimo riesgo el bienestar y la vida de los buenos.



Lou Carrigan

Se solicitan espías

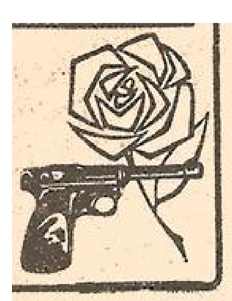
Brigitte en acción - 66

ePub r1.0
Titivillus 26.06.2017

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Estaba tendida sobre una colchoneta, desnudita, tomando el sol, boca abajo. Ante ella, en una pequeña mesita de auténtica laca china decorada con los más feroces dragones que puedan imaginarse, había un montón de cuartillas, que iba corrigiendo rápidamente, con graciosos movimientos de su manita derecha. En la izquierda humeaba un cigarrillo. En el suelo de su terraza particular en el más moderno edificio de la Quinta Avenida, una taza de café, y junto a esta una cafetera eléctrica. Un poquito más allá, la pequeña piscina privada, un par de parasoles, las sillas extensibles de colores, plantas… Abajo, Nueva York, con el Central Park delante mismo del edificio.

No era fácil escribir el libro, no… Pero, tarde o temprano, lo terminaría, y entonces sería publicado su «Decálogo del Espía». Una lección para todos aquellos que se dedicaban profesionalmente al espionaje…

Se oyeron los suaves pasos de Peggy, procedentes del interior del apartamento. La superespía internacional de la CIA, con el nombre clave de Baby, alzó la cabeza y miró a su única pero fiel doncella, que apareció en la puerta de la terraza.

—¿Sí, Peggy?

—Una visita, señorita.

—¿A estas horas? Es demasiado temprano… Sea quien sea, di que todavía estoy durmiendo.

—Son las diez de la mañana —informó Peggy—. Además, esas damas están convencidas de que usted va a recibirlas… Han hecho un viaje bastante largo para contarle sus penas.

Brigitte se sentó en la colchoneta.

—¿Sus penas? —frunció el ceño—. ¿Quiénes son?

—*Mistress* De Brando, *mistress* Cavanaugh, *mistress* Stevenson.

—¡Oh! ¡Supongo que no les habrás dicho que pasen a la terraza!

—No, señorita —sonrió Peggy—. Sé muy bien que ellas se llevarían una sorpresa… decepcionante si supieran que usted toma el sol tan alegremente. ¿Le traigo una bata?

—¡Por supuesto! ¡Y de las más serias y púdicas que tenga…! ¿Tengo alguna? —pareció asustarse.

—No, señorita —volvió a sonreír Peggy—. Pero yo sí.

—Eres una maravilla. ¡Corre, tráeme tu bata…! Y diles que las recibiré inmediatamente en el *living*. Y prepara café.

—Sí, señorita.

Peggy desapareció. Volvió apenas un minuto más tarde, con la bata. Esperó a que Brigitte acabase de recoger sus cuartillas, se hizo cargo de ellas y la ayudó a ponerse la bata. Brigitte se miró en el cristal de la puerta de la terraza, y puso cara de pena. Ella no estaba acostumbrada a llevar tanta ropa jamás Y menos en un hermoso día de sol de agosto.

—¿Te has ocupado del café?

—Lo preparo enseguida.

—Llévate mi cafetera, limpia esto… Es posible que las damas quieran ver todo el apartamento… Oh, sobre todo revisa mi dormitorio, y esconde mis camisitas transparentes, bikinis… Ya sabes.

—Sí, señorita.

Dejando a Peggy al cuidado de todos aquellos pequeños detalles, Brigitte Montfort entró en el apartamento, directa hacia el gran *living*.

Allá, sentadas muy juntas en el sofá, estaban las tres damas anunciadas. Dos de ellas eran flacas, y una tan gruesa que debía de pesar casi más que las dos anteriores juntas. Todas ellas rondaban ya los sesenta años, si bien se resistían tenazmente a demostrarlo. Sus rostros eran amables, honrados, ingenuos. Las tres se pusieron en pie como movidas por el mismo resorte cuando la espía apareció en el *living*, sonriendo dulcemente, afable, cordialísima.

—Buenos días, señorita Brigitte —cantaron a coro.

Brigitte fue estrechando sus manos, siempre sonriendo con gran amabilidad.

—*Mistress* Stevenson, *mistress* Cavanaugh, *mistress* De Brando… Oh, esta es una sorpresa en verdad agradable para mí… Por favor, siéntense. ¿Tomarán café?

—Ya hemos desayunado.

—Lo supongo. Pero el café no perjudica a nadie. —Las damas volvieron a sentarse, y Brigitte lo hizo ante ellas, en un silloncito; sus rodillas aparecieron un instante, pero ella se apresuró a taparlas con la larga bata de Peggy—. Espero que no ocurra nada malo, señoras.

Las tres damas se miraron. Por fin, la gorda, *mistress* Stevenson, tomó la palabra, un tanto turbada:

—Pues sí… Ha ocurrido algo malo. Relativamente, claro.

—¿De qué modo relativo? —alzó Brigitte las cejas.

—Pues… hubo un incendio.

—¿En la institución? —se alarmó la espía.

—Exactamente. Ardió una buena parte del jardín y un par de cobertizos destinados a almacén y lavandería. Han quedado reducidos a cenizas. Pero no se alarme: no ha habido desgracias personales. Ni uno solo de nuestros ancianos acogidos en la institución ha sufrido el menor daño.

—Bien… —suspiró Brigitte—. Me alegra mucho oírlo. Tengo en gran estima a esos ancianos que no poseen más hogar que el que nosotras les proporcionamos. Opino, quizás inmodestamente —sonrió—, que nuestra institución es uno de los mejores centros particulares de los Estados Unidos.

—Así es. Y en buena parte, casi totalmente, se lo debemos a usted. Sus contribuciones han sido siempre las más cuantiosas y frecuentes.

—Ya saben que el mérito no es mío —mintió la espía—. Yo solo soy una periodista que sabe pedir dinero para quienes lo necesitan… ¿Se trata de dinero también esta vez?

Las tres damas volvieron a mirarse, más turbadas que nunca. Y de nuevo la rolliza *mistress* Stevenson tomó la palabra:

—Tememos que sí, señorita Montfort.

—Intentaré solucionarlo. ¿Cuánto?

—Bueno… Nosotras hemos pensado… aprovechar las circunstancias. Naturalmente, el seguro cubrirá las pérdidas del incendio, de modo que podríamos volver a levantar lo destruido por el fuego sin solicitar su ayuda una vez más. Pero se nos han ocurrido algunas mejoras…

—¿Qué clase de mejoras?

—Creemos que sería muy conveniente una cocina nueva, una lavandería más amplia, la habilitación de dos nuevas terrazas cubiertas para tomar el sol, ampliar un poco la biblioteca… Y como la institución se está quedando pequeña, pues…

—¿Pues…? —sonrió Brigitte.

—El… el jardín es muy grande. Mucho, sí… Si levantásemos un par de pabellones más, todavía sobraría terreno incluso para… para hacer un campo de golf.

—Ya sé. ¿Y…?

—Se nos ha ocurrido que podríamos aprovechar el claro que ha dejado el fuego en las instalaciones para mejorarlas un poco. Tendríamos cocina y lavandería nuevas, terrazas, una biblioteca más grande y mejor situada… Y, lo que es más importante, dos pabellones nuevos, de modo que podríamos atender a más ancianos.

—Eso es formidable. ¿Cuál es el presupuesto?

—Pu-pues… Bueno, encargamos del proyecto a un arquitecto, que, desde luego, lo hizo gratis. Nos aseguró que por su parte no habría gasto alguno. Pero, claro, lo demás llevará mucho gasto…

—¿Cuánto?

—Emmm… Hemos traído los planos de lo que sería la nueva institución que nosotras modestamente y usted con tanta generosidad estamos atendiendo… ¿No quiere verlos?

—Los veré.

Mistress Stevenson sacó de detrás los planos, doblados en un gran rollo. Brigitte se incorporó a medias, sonriendo, los tomó y los desenrolló. En uno de los planos se veía el boceto de lo que había sido hasta entonces la institución benéfica. En los demás, lo que podría ser de entonces en adelante si los proyectos se convertían en realidades…

—Me parece formidable —musitó la espía—. Y creo que vale la pena intentarlo. Feliciten de mi parte al arquitecto que ha diseñado esto… Y ustedes también merecen mi felicitación, por haber tenido la idea… ¿Cuál es el presupuesto?

Las tres damas se miraron una vez más, casi asustadas.

—Es… un poco raro.

—No me asustan los ceros —sonrió de nuevo la espía—. Ni siquiera cuando llevan un uno delante. ¿Cuánto?

—Un… un mi-mi-millón de dólares.

—¡Ca… rambola! —exclamó Baby.

Las tres señoras se atragantaron un poco, y se quedaron mirando, casi aterradas, aquel dulcísimo rostro de inmensos ojos azules. Peggy apareció con el café, lo sirvió y se retiró. Mientras tanto, la espía, fruncido el ceño, había quedado pensativa. Bien cierto era que ella tenía bastante más de un millón de dólares, pero tampoco podía entregar así como así limosnas de aquella envergadura, habida cuenta de que su ritmo de vida era muy costoso. Claro que aunque entregase aquel millón de dólares siempre podría ganar más dinero… Ganar dinero jamás podría ser un problema para una espía de su categoría.

Tomó su taza de café, y se quedó mirando a las tres petrificadas visitantes.

—¿No toman su café? —sonrió.

Lo hicieron las tres a la vez. Estaban asustadas. Pedir un millón de dólares no es cosa fácil. Sobre todo si se tenía en cuenta que lo pedían a cambio de nada, como una limosna. Y una limosna de un millón de dólares es mucha limosna, ciertamente.

—Es… demasiado, ¿verdad? —musitó *mistress* De Brando.

—Todo es demasiado… y todo es poco —sonrió de nuevo la espía, Intervino *mistress* Cavanaugh:

—Nosotras ya… ya comprendemos que es una… barbaridad de dólares. Y está claro que usted no tiene que sentirse obligada a nada. Con el dinero del seguro podemos dejar las cosas como antes y…

—No. El proyecto es bueno. Y nosotras tendremos ese dinero —aseguró firmemente Brigitte—. ¿Puedo disponer de una semana?

—¡Una semana…! ¡Y hasta de un año, señorita Montfort!

—No creo que sea necesario tanto tiempo. Bueno, eso espero. Si no conseguimos ese dinero antes de… Oh, vamos, si tuviésemos que esperar un año, querría decir que jamás lo conseguiríamos. Lo tendremos mucho antes.

—Pero es un millón de dólares…

—Solamente un uno y algunos ceros —despreció Brigitte—. Nuestros ancianitos tendrán sus nuevas instalaciones. Y vamos a empezar a buscar ese dinero ahora mismo, si me lo permiten.

Se puso en pie. Las tres damas la imitaron rápidamente, esperanzadas. Y poco después se marchaban del apartamento, sin

haber terminado su café, todavía aturdidas por la rapidez de acción de aquella hermosísima damita de ojos azules que las despidió asegurándoles una vez más que antes de una semana tendrían el millón de dólares.

Brigitte regresó al *living*, quitándose la bata de Peggy, suspirando, aliviada.

—No sé cómo puedes soportar esto en agosto, Peggy… Hazme un favor, ¿quieres? Tráeme al despacho los periódicos de los últimos días. Desde… Sí, desde hace cuatro días. No estoy segura de en cuál de ellos leí el anuncio.

—¿Los del *Morning News*?

—Sí, claro… Y no se te ocurra hacer algún día esa pregunta delante del señor Grogan. Se enfadaría muchísimo si supiera que leo los demás periódicos. Te espero en el despacho.

Un par de minutos más tarde, Peggy entraba en el despacho, con los periódicos pedidos por Brigitte. Esta se dedicó a buscar el más antiguo de ellos, en las páginas de anuncios, pero no estaba allí lo que buscaba. Tampoco en el siguiente. Pero sí en el de dos días atrás… El anuncio no era muy grande, precisamente. Estaba en la sección modesta, y su inserción en el *Morning News* no debía de haber costado más allá de diez o quince dólares.

Decía:

SE SOLICITAN ESPÍAS

A espía profesional se le pagaría espléndidamente trabajo particular. Presentarse a las diez en punto de noche en la orilla sur de Reservoir Lake, Central Park, con paraguas y pipa.

Igual que cuando lo leyó por primera vez, estuvo a punto de echarse a reír. Por supuesto, aquello tenía que ser una broma. Además, habían pasado ya dos días desde la publicación del anuncio…

Llamó al *Morning News*, pidió por la Sección de Anuncios, y, en esta, por el jefe de la misma.

—¿…?

—Hola, Jerry. Soy Brigitte.

—¡…!

—Muchas gracias —rio la espía—. Eres un encanto.

—¡…!

—Gracias otra vez. Jerry, tienes que decirme el nombre de la persona que insertó una graciosa nota en tu sección, anteayer… Esa nota en la que se solicitan espías… ¿La recuerdas?

—…

—Desde luego, no es corriente. Espero que no sea una broma tuya, querido.

—…

—Muy bien. Entonces, dime el nombre del caballero que puso el anuncio. Espero.

Esperó apenas un minuto, antes de escuchar nuevamente la voz del jefe de Anuncios.

—…

—Oh… ¿Un señor llamado John Smith? No es muy original. ¿Tenemos sus señas?

—…

—No… Bueno, supongo que no se sabe nada más de él… ¿Ha vuelto a aparecer por ahí, por el periódico?

—…

—Muy bien. Eres muy amable, Jerry. Hasta luego…

—¿…?

—¡Desde luego, querido! Iré a verte esta misma mañana, y te daré el premio correspondiente. ¿Te va bien un besito en la nariz?

—¡…!

—Si protestas —rio la espía—, no tendrás ni siquiera eso. Hasta luego, Jerry.

Colgó. Se quedó mirando el anuncio, y lo releyó varias veces. Claro. Una broma. Aquello del paraguas y la pipa tenía su gracia. Y, naturalmente, ningún espía profesional sería tan cándido de presentarse en un lugar que otra persona le indicaba fumando en pipa y llevando un paraguas… A menos que lloviese… y el espía fumase en pipa.

Por el momento, no parecía que aquel día fuese a llover. Claro que desde las diez de la mañana a las diez de la noche el tiempo

puede cambiar radicalmente… Lo de llevar un paraguas podía estar plenamente justificado.

Pero una cosa era segura: ella no fumaba en pipa. Por lo menos, hasta entonces.

Capítulo II

A las diez en punto de la noche, un curioso personaje apareció junto a la orilla sur del Reservoir Lake, en Central Park. Efectivamente, no llovía; pero el personaje llevaba un paraguas en la mano derecha. En la izquierda, un libro y una gran pipa de enebro. Un personaje interesante, por cuanto se tomaba con toda tranquilidad aquel paseo por Central Park a las diez de la noche, hora en que la mayoría de los neoyorquinos procuran esquivarlo.

Sobre todo, si son mujeres, y si van solas.

Aquella mujer no tenía miedo, al parecer. No podía tenerlo, ya que era la más peligrosa y astuta espía del mundo. Seguramente, si algunos de los gamberros habituales de las noches de Central Park decidían asaltarla, se llevarían una sorpresa muy desagradable.

Las diez en punto, exactamente.

La iluminación no era muy abundante, ni se veía a nadie en aquel momento. Por la calzada interior pasaba de cuando en cuando algún coche, raudo, cruzando el parque. También pasó un helicóptero, que se perdió en la noche, hacia el Hudson. Pasaron más coches. Y pasó otro helicóptero, ahora hacia el East River, o sea, en dirección opuesta al anterior.

A las diez y cuarto, Brigitte estaba ya convencida de que todo había sido, una broma, pero decidió esperar unos minutos más. A las diez y media pasó otro helicóptero, que parecía ir perdiendo altura… A las once menos veinte, Brigitte Montfort decidió que la broma había durado bastante.

De modo que dejó de pasear de un lado a otro y se dirigió ya con paso decidido hacia la salida del parque. Volvería a su apartamento, dejaría allá el paraguas y la pipa de Frank Minello, y saldría a cenar algo con champaña…

Para entonces, el helicóptero había desaparecido ya. Pero, apenas hubo andado Brigitte un centenar de pasos volvió a

aparecer, volando tan bajo que se podía temer incluso el atropello de la espía por un vehículo aéreo. Y no fue así. El helicóptero se estabilizó de pronto, y, a menos de cincuenta pasos de la espía, tomó tierra, lanzando la potencia del aire de sus aspas hacia el suelo, y de allí, formando una onda curva, hacia Brigitte, que sujetó sus faldas con la punta del paraguas, quieta entonces, fijos sus azules ojos en el helicóptero.

Un hombre saltó a tierra, bajo las aspas, que no habían dejado de girar, y le hizo señas de que se acercase. Era un tipo alto, de hombros anchos, piernas largas, elegante, muy fuerte, según parecía. No se podía ver bien su rostro, y, por tanto, su expresión. Pero Brigitte Montfort no vaciló ni un segundo.

Se acercó, pasó bajo las aspas sin inmutarse por el revuelo que se formó en su cabellera, y quedó a menos de un metro del hombre.

—¿Viene por lo del anuncio? —preguntó este, en un inglés un tanto defectuoso.

—Así es.

—Suba. Rápido. Tenemos que marcharnos de aquí enseguida.

Siempre sin vacilaciones, Brigitte subió al helicóptero; el hombre lo hizo tras ella, y, sin mirarla, alzó de nuevo el aparato. Solo cuando Central Park hubo quedado lejos y abajo, el hombre pareció relajarse.

Se volvió hacia ella, sonriendo.

—Sorprendente —dijo.

—¿El qué? —alzó Brigitte las cejas.

—Una mujer… No esperaba ya que mi anuncio diese resultados, y, para colmo, quien se presenta es una mujer. ¿De verdad sabe usted algo de espionaje?

—Creo que sí, señor Smith.

—Oh… ¿Se ha interesado por mí en el periódico?

—Naturalmente.

—Bueno… Eso dice algo en su favor, aunque, claro, es una rutina que a cualquiera se le ocurriría. ¿Cuál es su nombre?

—Señorita Smith —sonrió Baby.

—¡Entiendo! —rio el hombre—. Deberá perdonarme que pidiera como señal de identificación eso del paraguas y la pipa. Sobre todo, la pipa. Si hubiera pensado siquiera por un momento que podía presentarse una mujer, habría pedido como señal de identificación

otra cosa: unas flores, un sombrerito blanco… Cualquier otra cosa.

—No importa. No tengo nada contra las pipas.

El hombre se quedó mirándola, como agradablemente sorprendido. También Brigitte estaba agradablemente sorprendida ante aquel magnífico ejemplar masculino. No debía de tener ni siquiera treinta y cinco años, sus ojos eran grandes, oscuros, nobles, de mirada directa y risueña; boca grande, recia, viril, y una mandíbula fuerte y saliente.

Las manos se veían bronceadas, igual que el resto, y eran grandes y fuertes, de dedos elegantes… El conjunto era un tipazo de seis pies cumplidos, con un rostro atractivo, viril y simpático.

—¿Y contra los cigarrillos? —sonrió Smith.

—Tampoco. Aceptaré uno con mucho gusto.

Smith se lo ofreció; pero no uno, sino dos. Brigitte comprendió. Encendió los dos, y entregó uno al hombre, que movió la cabeza en señal de gracias.

—¿Es usted libre? —preguntó de pronto—. Quiero decir si tiene algún compromiso de tipo… personal.

Brigitte se quedó mirándolo irónicamente.

—Los espías profesionales de acción, señor Smith, casi nunca tienen compromisos personales de ninguna clase. Y usted pidió un espía profesional, ¿no es cierto?

—¿Para quién está trabajando usted?

—Me parece que usted es quien no entiende mucho de espionaje. Si tiene un trabajo que esté dispuesto a pagar bien, y le parece que puede confiar en mí, adelante. Si espera que le cuente mi vida, será mejor que dejemos correr el asunto.

—No se lo tome así —sonrió Smith—. Comprenda que a mí me gustaría saber muchas cosas sobre usted.

—Y a mí sobre usted. ¿Nos dedicamos los dos a contarnos nuestras vidas, o nos dedicamos a trabajar?

—Nos dedicaremos a trabajar —gruñó Smith—. Parece que usted tiene un carácter muy firme, señorita Smith.

—Depende.

—¿Cómo?

—Depende de las circunstancias. Puedo tener un carácter muy firme, o muy dulce. Ya le digo: depende.

—Entiendo. ¿Va usted armada?

—No.

—No la creo.

—Puede soltar los mandos del helicóptero, y mientras nos vamos directos al suelo, dedíquese a registrarme. Para cuando se esté convenciendo, nada importará ya demasiado.

Smith soltó otro gruñido.

—¿No es usted demasiado áspera? ¡Y no me diga «depende»!

—Señor Smith, ¿cuánto está usted dispuesto a pagar por ese trabajo privado?

—Depende —sonrió Smith.

—Justa respuesta —sonrió también Brigitte—. Pero yo se lo digo porque si está pensando ahorrarse unos cuantos dólares por ser yo una mujer, será mejor que me deje en tierra. Soy una espía muy cara… Pero por completo efectiva.

—Por completo efectiva… —musitó Smith—. ¿Hasta qué punto?

—Hasta todos los puntos. Usted solo tiene que decirme lo que quiere, y yo se lo consigo. Sin fallos de ninguna clase.

—Eso sería estupendo. ¿Cuál es su… tarifa?

—Si el trabajo es limpio, tiene un precio. Si es sucio, tiene otro precio, más elevado.

—¿Quiere decir si el trabajo es honrado o no?

—Eso no es de mi incumbencia. Quiero decir si se tiene que matar a alguien o no.

Smith la miró de reojo, un tanto sobresaltado, al parecer.

—Espero que no habrá necesidad de matar a nadie.

—Mejor —suspiró la espía.

—En cuanto al trabajo, es honrado, político y patriótico.

—Hubiese preferido un asunto de espionaje industrial. Pero no importa. También puedo desenvolverme bien en asuntos de esa clase. Entiendo que usted es un patriota honrado que quiere… beneficiar políticamente a su país… Al suyo, claro.

—Exactamente.

—¿Y cuál es su país, señor Smith?

—Archipiélago de Todos Los Santos. ¿Lo conoce?

—Pasé una vez por su pequeño aeropuerto. Está en el Golfo de Méjico, ¿no es así?

—Es así.

—Mmmm… No tengo noticias de que exista ninguna clase de

conflicto político en su país, señor Smith.

—¿Esperaba que fuésemos aireando nuestras dificultades?

—Sería una tontería, ¿no es cierto? —sonrió Brigitte—. ¿Puedo saber su nombre verdadero?

—Primero, veamos si llegamos a un acuerdo. Luego, es posible que vayamos sincerándonos el uno con el otro. Ya estamos llegando.

Brigitte miró hacia abajo, con indiferencia. En cualquier momento, volando sobre Nueva York, podía saber el punto exacto sobre el que se hallase. En aquel momento habían llegado a Nueva Jersey, a la zona residencial, compuesta por casitas aisladas, con jardín, y algunas con piscina. El helicóptero estaba perdiendo altura, evidentemente dispuesto Smith a tomar tierra en uno de aquellos jardines. Estuvieron silenciosos los dos mientras duró la maniobra. Por fin, las aspas dejaron de girar, y se hizo el silencio completo.

Smith saltó del helicóptero, lo rodeó y ayudó a Brigitte a hacer lo mismo. Luego, señaló hacia la casa, y los dos se dirigieron hacia allí. Smith abrió, entró, dio la luz, y quedó a un lado de la puerta. Baby entró tranquilamente, mirando con indiferencia a todos lados. Continuaba llevando el paraguas en la mano derecha, y el libro y la pipa en la izquierda. En absoluto parecía intranquila o preocupada. Smith cerró la puerta, fue hacia el *living* y dio la luz de allí. Cuando Brigitte entró, él señaló uno de los sillones, y ella se sentó, mostrando, inevitablemente, sus perfectas piernas.

Smith alzó las cejas, sorprendido de pronto, según parecía… Evidentemente, no había podido fijarse antas bien en aquella mujer que se había presentado en Central Park con pipa y paraguas. Y al hacerlo ahora, su sorpresa fue en verdad muy agradable.

—¿No es usted demasiado hermosa para ser espía? —susurró.

—Si he de parecer fea, sabré cómo caracterizarme —sonrió la espía—. Pero le aseguro que hasta ahora nadie me ha reprochado que sea la mujer más divina del mundo. ¿O no le parece que sea tan bella, señor Smith?

—Es posible que sí —sonrió él—. ¿Quiere tomar algo?

—Cuando usted llegó a Central Park, estaba pensando marcharme y tomar un par de copas de champaña.

—Lo lamento. No tengo champaña. Ron o *whisky*.

—Un dedito de *whisky*. Tampoco debe de tener hielo, claro.

—Tampoco. Mi estancia en Nueva York es transitoria.

—¿Ha venido aquí exclusivamente a contratar un espía?

—Sí.

Smith sirvió *whisky* a Brigitte, se sirvió él también una ración prudente, y se sentó en el sofá, delante de la espía. Estuvo unos segundos pensativo, con la mirada fija en las espléndidas piernas…

—Muy bien: ¿cuál es su precio? —preguntó de pronto.

—Dígame en líneas generales, sin entrar en detalles reveladores, qué es lo que tengo que hacer. Entonces, le diré mi precio.

—Tiene que ir a Todos Los Santos, a la isla capital, y robar allá unos documentos.

—¿Quién los tiene? ¿Dónde están?

—Están en la casa presidencial. Y los tiene, en su caja fuerte del despacho privado, el primer ministro.

—Trabajo fácil —sonrió irónicamente Brigitte.

—Si fuese fácil, no habría solicitado un espía profesional… Y, por otra parte, no estoy muy seguro de que usted lo sea.

—¿Qué cree que soy? ¿Una chica tonta que cree que va a divertirse en una aventura de espionaje? ¿Eso es lo que cree?

—Dígame su precio.

—Un millón de dólares. Y antes de una semana tiene usted los documentos en su poder. Si he de matar a alguien para conseguirlo, la tarifa será el doble: dos millones de dólares. Si me hieren a mí, tres millones. Si me matan, cinco millones de dólares, que enviaría usted a cierta persona que le indicaría.

—Usted está loca.

Brigitte se puso en pie, apuró el *whisky*, recogió el paraguas, la pipa y el libro, y se dirigió hacia la puerta del *living*.

—No se moleste en acompañarme —dijo—. Conozco el camino. Y me las arreglaré bien para regresar a mi alojamiento en Nueva York… No puedo decir que haya sido un placer conocerlo. Buenas noches.

—Espere, espere… No se lo tome así…

—Sucede que no estoy loca, señor Smith.

—Lo siento. He sido muy descortés. Por favor, vuelva a sentarse.

—No rebajaré ni un centavo. Usted, señor Smith, no sabe la suerte que ha tenido de que haya sido precisamente yo quien haya

acudido a su anuncio. Mis trabajos son garantizados siempre.

—Un millón de dólares es mucho dinero.

—Pero hay muchos millones de dólares en el mundo. En cambio, yo solo tengo una vida. Y lo bueno, aunque en principio parezca caro, siempre resulta barato. ¿Me voy o me quedo?

—Quédese. Discutiremos con toda calma el asunto… y el precio. ¿Ha tomado microfotos alguna vez?

—Alguna, sí —sonrió Brigitte.

—Deberá hacerlo muy bien en esta ocasión. Su trabajo, en sí, es simple. Muy fácil de comprender y de llevar a cabo… una vez tenga los documentos.

—Antes dijo que tendría que robarlos… ¿Y no es así?

—Al decir robar, quise decir… apropiarse de su contenido. No interesa que se note la ausencia de esos documentos en la caja fuerte del primer ministro. Pero yo quiero una fotocopia de ellos.

—Entendido. ¿Cómo sabré cuáles son los documentos que le interesan a usted? ¿Deberé tomar fotos de todo el contenido de la caja?

—Los documentos están contenidos en un sobre que lleva la inscripción «AK-99». ¿Fácil?

—Facilísimo. Supongo que usted ya ha pensado el modo de introducirme en su país, señor Smith.

—Temo que tendrá que ingeniárselas usted sola.

—¿Y para llegar hasta el despacho del primer ministro?

—Puedo proporcionarle un plano de la casa presidencial. Y el número de la combinación de la caja fuerte.

—No es mucho —comentó irónicamente Brigitte—. Sobre todo, si tenemos en cuenta que esa combinación debe de haber sido cambiada a raíz de su… salida de Todos Los Santos.

—Es de temer —sonrió Smith.

—Bien… No podía esperar que por un millón de dólares me diesen un trabajo fácil. ¿El primer ministro vive en la casa presidencial?

—No. Allí trabaja, solamente. También puedo proporcionarle un plano de su villa particular. ¿Es usted norteamericana?

—Sí.

—Entonces no tendrá dificultades en entrar en el país. Por raro que parezca, los yanquis no son del todo mal vistos en Archipiélago

de Todos Los Santos. Oh, un detalle muy importante: ¿habla usted español?

—Mejor que usted el inglés —sonrió Brigitte, hablando en español.

—Vaya… Magnífico en verdad. Eso le será muy útil, claro.

—¿Tiene usted algo más que pueda serme útil, señor Smith?

—Temo que no. Dos planos y la sigla «AK-99», que le servirá para identificar el sobre. Eso es todo. Aparte, claro está, de ciertos pequeños detalles respecto a mi país, que será muy conveniente que usted conozca.

—De acuerdo. Hablemos ahora del millón de dólares. Quiero cobrar por adelantado.

—Ni hablar de eso. Además, aún no he aceptado su precio, y no me parece…

Smith calló bruscamente y se volvió hacia la puerta del *living*, al mismo tiempo que Brigitte llevaba la mano hacia el paraguas… Para entonces, los hombres que habían aparecido tan silenciosamente los tenían bien cubiertos por sus pistolas. No dijeron ni una sola palabra… pero no era necesario. Smith palideció, y la espía de lujo de la CIA, sin inmutarse, quedó inmóvil, con la mano a unas pocas pulgadas del paraguas.

Uno de los hombres hizo un movimiento con la pistola, y Brigitte retiró la mano, lentamente. Entonces, el hombre se acercó, cogió el paraguas, estuvo examinándolo durante unos segundos, y, por fin, miró a Brigitte con una fría sonrisa irónica.

Alzó el paraguas y apuntó con la punta a la espía, que ni siquiera movió un músculo, fija su mirada en los ojos del hombre.

—Es un paraguas muy original, ¿no es cierto? —preguntó el hombre fríamente—. Apuesto a que, además, sirve para la lluvia.

Desvió un poco la dirección del paraguas y apretó con fuerza el puño. Se oyó un suavísimo chasquido, y algo se hundió junto al hombro izquierdo de Brigitte, en el respaldo del sillón, sin que la espía se alterase lo más mínimo.

—¿Es de un solo tiro? —continuó sonriendo fríamente el hombre.

—De uno solo —admitió Brigitte.

—Bien… Entonces ya no es peligroso… ¿O sí?

—Yo diría que no.

El hombre asintió con la cabeza, tiró el paraguas sobre el sofá y se quedó mirando a Smith.

—Bien, Cervantes, parece que algo no está… funcionando debidamente en el asunto, ¿no es cierto?

Smith se pasó la lengua por los labios.

—¿Por qué creen eso? —musitó roncamente.

—Me refiero a los documentos «AK-99». Es evidente que usted no los tiene. De donde se desprende que tendremos que ir a buscarlos a Todos Los Santos. Además, supongo que ya no servirán de nada.

—Los tengo yo —mintió Smith.

—No, no, no, Cervantes… Mire, es comprensible que cualquier persona, por inteligente que sea, pueda ser engañada de cuando en cuando. Pero ser engañado no significa ser tonto. Al más listo lo engañan alguna vez, ya le digo. Pero no por mucho tiempo. ¿Quién es ella?

Se quedó mirando ahora a Brigitte, oyendo la absurda explicación de Smith:

—Nadie… No es nadie…

—Pues yo creo que sí es alguien. ¿Usted qué dice, señorita?

—Estoy de acuerdo con usted —sonrió Brigitte—: soy alguien.

—¿Verdad que sí? Díganos su nombre y varias cosas más sobre usted.

—Soy la señorita Smith, tengo veintiocho años, soltera, morena, de ojos azules, y me dedico profesionalmente, con mucha frecuencia, a trabajos de espionaje.

—¿Para quién trabaja?

—Para el señor Smith, en estos momentos.

—¿Smith? Oh, no… No, no. Su nombre es Cervantes… Anatolio Cervantes. Y temo que está en una situación muy comprometida con nosotros.

—¿Ustedes también son de Todos Los Santos?

—Quizá. Lo que sí le aseguro es que el señor Smith nos prometió la entrega de los documentos «AK-99», y ahora resulta que no los tiene. Además, pretende enviarla a usted a conseguir unas microfotos, que él revelaría, ampliaría y nos entregaría quizá más adelante, en unas… condiciones poco interesantes para nosotros. ¿Es así?

—No sé. No sé nada de nada excepto cuál será mi trabajo en Todos Los Santos.

—Le evitaremos esa molestia. Ahora que sabemos que el señor Cervantes no tiene esos diseños, nosotros mismos nos ocuparemos de conseguirlos en la casa presidencial… ¡No toque ese libro!

Brigitte quedó con la mano apenas a dos pulgadas del libro que había llevado en la mano izquierda, con la pipa. El hombre se apoderó del libro, lo examinó detenidamente y, por fin, con todo cuidado, lo abrió… Luego, se volvió hacia Anatolio Cervantes, mostrando el libro abierto.

Las hojas habían sido cortadas por el centro, dejando los bordes marginales intactos, de tal modo que el libro se había convertido en una caja; una caja en cuyo interior se vio claramente una pequeña pistola con cachas de madreperla.

—Parece que eligió usted una persona peligrosa, Cervantes… ¿Dónde la encontró?

Anatolio Cervantes hizo un gesto de malhumor.

—Ya que me han estado siguiendo, deberían saberlo todo.

—Oh, no… No le hemos estado siguiendo. La verdad es que perdimos su pista al llegar a Nueva York. Pero pudimos localizarle de nuevo, no hace ni siquiera dos horas. Le vimos salir en el helicóptero, y puesto que no podíamos seguirlo de cerca, tuvimos que esperar. Nos sorprendió su regreso en compañía de tan hermosa dama, y les hemos dejado charlar lo justo para comprender que usted nos está engañando: no tiene los documentos «AK-99».

—Los tengo.

—Magnífico. ¿Qué espera para entregárnoslos?

—Ya le dije a su jefe mis condiciones. No pienso alterarlas. Y no creí que se dedicasen a vigilarme.

—Pues si no creyó eso, usted demuestra ser muy ingenuo, señor Cervantes. O quizá resulta que es demasiado astuto. Su único error, según parece, ha sido creer que nosotros somos imbéciles.

—No he pensado eso. Y estoy jugando limpio con ustedes.

—Pues yo insisto en que no. Y en vista de la discrepancia existente, haremos un viaje… Veremos qué decide nuestro jefe con respecto a usted.

—¿Van a llevarme… allá?

—Por supuesto. No quisiéramos precipitarnos en matarlo.

—¿Y yo? —preguntó Brigitte.

—Usted ya no viajará más, señorita Smith. Es decir, va a emprender un último viaje con todos los gastos pagados. Dale un billete de ida, Folkian.

Brigitte volvió vivamente la cabeza hacia el otro, que alzó la pistola y disparó… un instante después de que Brigitte hubiese saltado hacia un lado, llevándose la pipa en la mano derecha… Sonó un chasquido cuando Folkian apretó el gatillo de su pistola, pero la bala se clavó también en el respaldo del sillón, mientras Brigitte, todavía sin llegar al suelo, apretaba la cazoleta de la pipa… De la boquilla brotó una pequeña llamarada azulada y cárdena, y Folkian, que todavía estaba sorprendido por la agilidad de la muchacha de los ojos azules, se llevó las manos al cuello bruscamente, soltando su pistola silenciosa. Dio un traspié y cayó de bruces, rebotando sonoramente contra el suelo…

Mientras, la espía internacional se había desentendido completamente de él, volviéndose a toda prisa hacia el otro hombre, que la estaba centrando en su línea de tiro, nerviosamente, entre irritado y sobresaltado por la feroz y velocísima reacción de la «señorita Smith».

Plop.

Consiguió apretar el gatillo justo en el momento en que Anatolio Cervantes saltaba hacia él. Y Cervantes lanzó un grito, ladeándose bruscamente, directo hacia el suelo, mientras sus manos se crispaban en el costado derecho.

Inmediatamente, el hombre se volvió hacia Brigitte, buscándola de nuevo con la pistola por delante. Brigitte le tiró la pipa a la cara, pero su enemigo se ladeó con toda facilidad, esquivando el golpe, que, por otro lado, habría sido en verdad insignificante.

Plop.

Su segundo disparo pasó a menos de una pulgada de la cabeza de Brigitte, que pareció rebotar sobre el sofá, llevándose ahora consigo el paraguas. El hombre lanzó una exclamación cuando la vio rodar por el suelo llevándose el paraguas, Creyó que de aquella insólita arma podía brotar todavía alguna pequeña bala, y saltó hacia un lado, mientras de nuevo disparaba contra la espía, justo en el momento en que Brigitte abría el paraguas…

Se vio claramente en la tela de este el golpe de la bala. La tela se

hundió, se tensó hacia dentro, para salir de nuevo disparada hacia delante, recobrando su tersa posición, sin que apareciese el lógico agujero de la bala. El antagonista de la espía volvió a disparar y otra vez la bala rebotó en la tela del paraguas, ahora hacia el techo, arrancando una salpicadura blanca. El siguiente disparo tuvo resultados parecidos: la tela del paraguas detuvo la bala, enviándola con fuerte rebote hacia la pared, donde, tras el rebote, pareció rozar la cabeza del personaje que estaba disparando. Todavía hubo otro disparo más, y de nuevo la tela del paraguas detuvo la bala, mientras Baby se acercaba inexorablemente al hombre, que miraba el paraguas con ojos desorbitados.

Los desvió un instante, y vio a Anatolio Cervantes con la pistola de Folkian en la mano, apuntándole. Se encogió justo a tiempo para evitar el balazo de Cervantes, y acto seguido salió disparado hacia la salida del *living*, dando a entender claramente que lo consideraba todo perdido.

Brigitte salió corriendo tras él, cerrando el paraguas mientras recorría el corto y amplio pasillo. Cuando llegó a la puerta de la casa, se estaba cerrando, a espaldas del hombre… Salió al porche a toda prisa, y pudo verlo corriendo a toda prisa, alejándose.

—¡Deténgase! —gritó Baby—. ¡No lo repetiré!

El hombre continuó corriendo, y la espía ya no repitió su advertencia. Asió el paraguas por el centro tras apretar de nuevo el puño, y lo lanzó hacia la espalda del hombre mientras la hoja finísima de acero, apenas una varilla, aparecía en la punta…

El paraguas fue directo al blanco. Pasó como una veloz sombra negra por la penumbra del jardín, destellando el agudo estilete de la punta. Se oyó un seco golpe cuando el agudísimo puñal se clavó en la espalda del hombre, empujándolo, derribándolo de bruces.

Y eso fue todo.

Brigitte se acercó, estuvo unos segundos mirando el cadáver del hombre que apenas un minuto antes había ordenado su muerte, y luego arrancó el paraguas de su espalda. Como si fuese lo más natural del mundo, asió un pie del cadáver y tiró de él hacia la casa, arrastrándolo.

Tenía la impresión de que, como siempre, incluso sin proponérselo, se había metido en un asunto de envergadura. Un asunto que podría ser digno de la espía internacional más astuta

que pudiera buscarse.

Cuando entró en el *living*, siempre arrastrando al hombre muerto por un pie, Anatolio Cervantes estaba sentado detrás de un sillón, con la pistola de Folkian en la mano, lleno de sangre el costado derecho.

Brigitte dejó al muerto en la entrada misma del *living*, sirvió *whisky* en dos vasos, bebió un sorbito de uno, y se acercó con el otro a Anatolio Cervantes, tendiéndoselo.

—¿Es peligrosa? —preguntó, señalando la herida.

—Solo un rasguño, pero sangra mucho.

—Bueno… Se dice que todos tenemos un poco de sangre de más, señor… Cervantes. Hay quien la dona a los hospitales y hay quien la pierde en trabajos de espionaje. Todo tiene su mérito, opino yo. ¿Hay en la casa algo útil para vendar esa herida?

—No.

—Bueno, al menos espero que tendrá sábanas. Y el *whisky* es un desinfectante de los buenos. Tómeselo con calma. Me refiero al asunto de la herida, ya que el *whisky* es mejor que se lo beba de un trago. No se mueva de aquí.

Fue al dormitorio, regresó con una sábana, y se dedicó a rasgarla en amplias tiras. Luego, quitó a Cervantes la ropa del torso, y desinfectó la herida con *whisky*. Era una raya roja que resbalaba sobre una costilla, como un corte de poca profundidad. La vendó, y se quedó mirando a Cervantes, con aquella sonrisa de niña buena que a tantos hombres había desconcertado.

—Usted es un hombre fuerte —comentó—. Espero que todavía vivirá algún tiempo. Lástima que no tengamos champaña.

—¿Por qué?

—Porque lo celebraríamos. Dígame, señor Cervantes, ¿me ha estado engañando?

—¿A usted? ¡Claro que no!

—Bueno… Como todavía no entiendo bien el asunto, voy a admitir eso. Pero me ha parecido entender que usted había prometido algo a esos hombres… Algo que todavía no tiene. Y que es precisamente el contenido de ese sobre señalado con la sigla «AK-99». No quisiera parecerle demasiado tonta, pero no entiendo esto ni una pizca. ¿Cree que perdería algo si me lo explicaba?

—El asunto es simple. Hasta hace poco, yo tuve un cargo de

cierta importancia en Todos Los Santos. Supe que una organización estaba detrás del proyecto «AK-99», y decidí salirles al paso.

—Salirles al paso —musitó la intrigada la espía—. ¿Cómo debo entender eso, exactamente?

—Ellos estaban tratando de contratar un traidor en el Gobierno de Todos Los Santos.

—¿Y usted decidió ser ese traidor?

—Sí.

—Mmm… Pero, obviamente, a quienes pensaba usted traicionar era a esos hombres, no a su país. ¿Sí, Cervantes?

—Exacto. Cuando supe que alguien iba detrás del proyecto «AK-99», comprendí que iban a conseguirlo. Todos Los Santos es un país… pobre, y hay mucha gente que aceptaría con gusto una ganancia de cinco millones de dólares, aunque no fuese demasiado limpia. Supe que conseguirían el proyecto «AK-99», y entonces me ofrecí para ello. Acepté un anticipo, y les dije que les entregaría ese proyecto en menos de quince días. Mi plan era robar el proyecto, conseguir fotocopias y luego falsearlas, para entregarlas a esa gente. Pero surgieron dificultades: mis amigos de Todos Los Santos me descubrieron robando el proyecto, dispararon contra mí, y tuve que huir sin conseguir mis propósitos. No quise decírselo así a estos hombres, ya que me habrían eliminado y buscado a otro que pudiera proporcionarles el «AK-99». Les dije que se lo entregaría más adelante, y como no puedo volver a mi país, ya que soy muy conocido allí, busqué a alguien que pudiera conseguir para mí esas microfotos del «AK-99».

—¿Yo?

—Usted, o cualquier espía bien entrenado. Si usted consigue esas microfotos, yo las ampliaré, las falsearé, y las entregaré a esos hombres, al jefe.

—El jefe sabe que usted no las tiene, que lo ha estado engañando.

—No lo sabe. Lo sabían estos dos hombres, pero… no creo que puedan decirlo, ¿verdad?

—No… No podrán decirlo. ¿Por qué todo esto, Cervantes? ¿No habría sido más fácil poner a salvo el proyecto «AK-99», simplemente?

—No. Ellos lo quieren, tienen mucho dinero, y habrían

encontrado siempre a alguien a quien sobornar. Preferí ser yo, para entregarles unos proyectos falseados. Cuando quieran darse cuenta del engaño, ya no tendrán tiempo de hacer nada.

—Bueno… Eso es mucho decir. En mi opinión, esa gente siempre tendrá tiempo de matarlo a usted… ¿No?

—Ese es mi problema, solamente. Pero, antes que mi vida, está el progreso y la seguridad de mi país.

Brigitte se quedó mirando fijamente a Anatolio Cervantes. Por fin, asintió lentamente con la cabeza.

—De acuerdo, Cervantes. Me gusta el caso, y, como suelen decir los detectives de renombre, me lo quedo. Voy a ayudarle a conseguir esas microfotos, para que usted las entregue a esa gente, sean quienes sean, una vez falseado el proyecto. La jugada de usted me parece buena. Lo ha arriesgado todo por ella, entiendo: su posición en su país, su buen nombre, su vida… Voy a ayudarle, Cervantes. ¿Usted sabe cómo localizar al jefe de estos dos hombres?

—Sé que ellos sabrán encontrarme en determinado momento.

—Bien… Cuando lo hagan, dígales que no ha visto a estos dos, que no sabe nada de ellos… Respecto a la entrega del proyecto, asegúreles que la efectuará muy pronto. Lo importante es que ellos continúen creyendo que usted lo tiene.

—Pero los dos muertos…

—Yo me encargo de ellos. Y me encargaré también del resto… Si están esperando unas copias fotográficas del proyecto «AK-99», no vamos a defraudarlos, ciertamente. Luego, ya veremos qué decidimos respecto a esas personas… ¿Quiénes son y qué se proponen?

—No lo sé. Todo lo que sé es que quieren el proyecto «AK-99».

—¿Y qué es exactamente ese «AK-99»?

Anatolio Cervantes se quedó mirando hoscamente a Brigitte, apretando los labios, hermético el gesto. La espía necesitaba mucho menos que todo eso para comprender que Cervantes no pensaba decir el contenido del «AK-99».

—De acuerdo —sonrió Baby—: no me lo diga. Pero asegúreme una cosa… ¿Lo que está usted haciendo es en beneficio de su país, de la paz y del progreso de ese lugar llamado Archipiélago de Todos Los Santos?

—Sí.

—Le ayudaré. Está claro que cuando yo tome esas microfotos me enteraré del proyecto «AK-99», pero eso no perjudicará a su país, Cervantes.

—Así lo espero. No sé por qué, pero tengo confianza en usted.

—Muy amable. Pero, además de tenerme confianza, deberá pagar mis servicios.

—Le daré su millón de dólares.

Brigitte sonrió ingenuamente.

—Temo que no me entendió bien, Anatolio —musitó dulcemente —. O quizá yo no especifiqué con toda claridad mis tarifas.

Anatolio Cervantes miró los dos hombres muertos, tendidos en el *living*. Luego, alzó su mirada hacia la espía.

—Entiendo que me está pidiendo dos millones, señorita Smith.

—En efecto. Está bien claro que este, desde el principio, es un trabajo que podemos considerar sucio.

—Lo admito… Bien, no sé qué decirle… Lo cierto es que mi anticipo fue solamente de un millón de dólares. No podré entregarle ni un centavo más. No podría aunque quisiera.

—¿Tiene un millón a mano?

—Un millón, sí.

—Perfecto. ¿Puede entregármelo ahora?

Cervantes se puso en pie, fue al dormitorio y regresó con un paquete hecho con hojas de periódico. Lo dejó ante Brigitte, que lo abrió parsimoniosamente, hasta dejar al descubierto los diez mil billetes de cien dólares. Examinó algunos de ellos al trasluz, asintió con la cabeza y volvió a hacer el paquete.

Después, quedó pensativa…

Y poco a poco una sonrisa irónica fue apareciendo en sus hermosos labios.

—Creo que voy a gastarle una broma a alguien, Anatolio.

—¿Qué clase de broma?

—Una broma divertida. Pero no es cuenta suya. Ahora, hablemos de esos pequeños detalles relacionados con su país y mi llegada allí, así como de nuestro sistema de comunicación si llegase el caso en que uno u otro precisásemos contacto. Empezaremos por…

—¿Quién es usted? —musitó Cervantes—. ¿Quién es usted realmente, señorita Smith?

—Soy una bella damita a la que todavía debe usted un millón de dólares. Hablemos, Anatolio.

Capítulo III

El coche estaba escondido entre un espeso grupo de palmeras, en un altozano desde el cual se dominaba toda la bahía de la isla mayor del Archipiélago de Todos Los Santos. Desde allí, además de la bahía en toda su extensión, se veían algunas villas residenciales, muy diseminadas, todas ellas con un gran jardín; en un par de ellas se veía el brillo del sol en el agua de la piscina.

Y si el observador se sentaba en lo alto del coche, todavía podía ver más… si utilizaba unos buenos prismáticos. Por ejemplo, en la terraza de junto a la piscina más grande de las que se veían, y que correspondía a la casa también más grande, había tres personajes: dos hombres y una mujer. Se veían perfectamente, casi al alcance de la mano.

Personajes fáciles de identificar después de una larga charla con Anatolio Cervantes.

Estos eran los personajes: la mujer, muy morena, de amplia sonrisa y grandes ojos negros, tenía que ser Lupe Marcos de Romero. El hombre de menor estatura y cuerpo delgado, tenía que ser su marido, Tristán Romero, secretario del primer ministro de Todos Los Santos; un rostro noble, pero hosco, cejijunto, casi áspero. Y el último personaje, que era el más notable por su aspecto físico, tenía que ser, sin error posible, el propio primer ministro de aquel pequeño país formado exclusivamente por un disperso grupo de islas en el Golfo de Méjico: Porfirio Malvido. Medía seis pies y cuatro pulgadas, era sencillamente colosal, de hombros poderosos, cintura estrecha, mirada irónica e inteligente, y una sonrisa siempre a punto; cabeza grande, con una espesa melena castaña, boca como un gran tajo pétreo en el tostado rostro, y, como contraste final a todo cuanto aquel hombre tenía de grande, de colosal, unos diminutos ojos negrísimos un tanto achinados.

Los tres personajes estaban en traje de baño; ellos, con un *slip*

corriente; ella, Lupe Marcos de Romero, con un maillot amarillo que le sentaba muy bien, perfecto, a su espléndido cuerpo.

Pero, para la espía que contemplaba aquello sentada en el techo del coche, el personaje más interesante, en el que tenía que centrar toda su atención, era Porfirio Malvido, el gigantesco primer ministro. Por eso, concedía especial atención a los gruesos labios del hombre cada vez que se movían. Tan solo con aquello, la espía internacional tenía suficiente para ir captando algunas palabras de la conversación. Lástima que esta no resultase en absoluto interesante…

* * *

—No es un problema insoluble —decía Porfirio Malvido—. Hemos tenido contratiempos mucho peores, Tristán.

Tristán Romero asintió con la cabeza, acariciando una mano de su esposa.

—Es solo cuestión de rutina, desde luego. Pero ya sabes que me gusta hacer las cosas por el sistema reglamentario.

—Me parece bien. Pero si esos ciudadanos quieren canalizar el agua en sentido inverso, no veo por qué hemos de pensarlo demasiado. A fin de cuentas, nosotros estamos ocupando el Gobierno para que nuestros compatriotas estén contentos. De manera que canalizaremos el agua al revés.

—Te traeré los documentos esta tarde, para que los firmes.

Porfirio hizo un gesto de fastidio.

—Te has propuesto amargarme la siesta. ¿Cuántas veces tengo que decirte que esos documentos puedes firmarlos tú? A fin de cuentas, no solo eres mi secretario, sino el segundo hombre de Todos Los Santos… Firma lo que sea y déjame tranquilo, Tristán. ¿Más vino?

Lupe movió negativamente la cabeza, sonriendo.

—Hacer el aperitivo contigo es algo tremendo, Porfirio. Casi se puede decir que después de tomarlo ya no es necesario comer.

—Comer no es muy necesario en nuestro clima. Pero beber sí es necesario: hay que sudar, limpiar el cuerpo… Y cuanto más vino fresco se bebe, más se suda.

—Pues a mí no me gusta sudar. Recuerdo una vez, en la isla

Chicharra, que…

* * *

Brigitte Montfort, alias Baby, desvió los prismáticos, disgustada… fastidiada, más bien. Claro que ella no podía esperar que al día siguiente de su llegada ya se iba a enterar de todo tan solo oyendo hablar a los tres personajes principales de los descritos por Anatolio.

Habría que tener paciencia, y esperar el momento oportuno para poner en práctica el plan que había pensado en Nueva York.

Paciencia… y mucha vista.

Por ejemplo: en aquel momento, un coche entraba en la villa de Porfirio Malvido; un coche descapotable, con un solo hombre, al volante. Baby enfocó allá los prismáticos, y vio el rostro del hombre, que era un tipo vulgar, corriente, sin relieve de ninguna clase. El coche se detuvo, después de recorrer el largo sendero sombreado por palmeras y acacias, junto a otro, que debía de ser de los Romero. El hombre saltó del coche, con un gesto impaciente, nervioso… Parecía tener prisa, o estar excitado. O ambas cosas.

Bien… Quizás iba a ocurrir por fin algo interesante, después de varias horas de observación.

El hombre se dirigía directamente a la piscina. Iba muy resuelto, dispuesto a hablar con los tres personajes; posiblemente, casi lógicamente, con Porfirio Malvido…

Pues no.

El hombre se detuvo junto a Tristán Romero…

* * *

Tristán Romero estaba mirando al recién llegado, alzadas las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Ocurre algo, Servando?

—Sí, señor. Perdone que venga aquí a buscarlo, pero…

—Si estás haciendo algo útil, o sea, cumpliendo con tu trabajo, no debes pedir nunca perdón —afirmó Porfirio Malvido—. Dile a Tristán lo que sea, hombre.

—Sí, señor ministro… Hemos encontrado un cadáver.

—¿Un cadáver?

—Sí, señor… El de Dionisio Gil.

Tristán se puso en pie de un salto, pero se contuvo inmediatamente, como arrepentido de aquella gran muestra de interés que, por otra parte, resultaba lógico.

—¿Estás seguro? —exclamó.

—Bueno… No del todo, señor Romero.

—¿Qué quiere decir que no estás seguro del todo? —masculló el primer ministro.

—Es que… está un poco… deteriorado. Creemos que es Dionisio Gil, casi estamos seguros de ello, pero… Bueno, hemos pensado que sería conveniente que el señor Romero le echase un vistazo y comprobase la identificación par medio de los documentos de identidad con huellas dactilares de la Secretaría Central.

—Lo haremos —aseguró Tristán—. Pero dime qué pasa con ese cadáver… ¿Está mutilado, o quemado, o…?

—Parece que se ahogó, señor. Hace una hora, uno de los pescadores vio un bulto acercándose a la playa, y tardó muy poco en ver que se trataba de un hombre. Inmediatamente, pasó aviso a mi departamento, y como yo dependo de Secretaría…

Porfirio y Tristán habían quedado pensativos, cambiando una lenta mirada de desconcierto y esperanza a la vez.

—Bien… Dionisio Gil desapareció hace quince días… Imagino que su aspecto será en verdad desagradable. Debe de estar hinchado, debe faltarle carne…

—Está putrefacto de sol y agua, señor. Hinchado al máximo, los ojos casi diluidos… Pero conserva las manos, para tomarle las huellas. Lo demás, yo diría que son… pingajos hinchados y llenos de…

—Por el amor de Dios —protestó Lupe, un poco alterada—. ¿Es necesario que yo oiga todo esto, Tristán?

—Desde luego que no, querida. Creo que voy a marcharme con Servando… Iré en su coche, de modo que tú puedes volver a casa sola, en el nuestro. ¿Te parece bien?

—Pero no se irá sin beber otra copa —ordenó amablemente Porfirio—. ¿De acuerdo, Lupe?

—Prefiero otra copita de vino fresco a aburrirme en casa esperando a un hombre que está viendo el cadáver de otro. Hasta

luego, Tristán.

—Hasta luego.

Tristán Romero besó suavemente a su esposa, en los labios, y se despidió con un gesto de Porfirio, que indicó:

—Tenme al corriente de eso… Y ojalá aparezca pronto también el cadáver de Anatolio… ¡El par de cerdos…!

—Te diré inmediatamente todo lo que vayamos sabiendo… Pero, antes, veamos si ese ahogado es en verdad Dionisio Gil. Vamos, Servando.

* * *

Desde lo alto de su coche, la espía Baby vio a los dos hombres alejarse de la piscina, hacia donde estaban los dos automóviles… Por unos segundos, pasaron bajo las palmeras y las acacias de una curva del sendero, de tal modo que dejó de verlos… Pero no le importó, porque vio algo mucho más interesante, que la obligó a lanzar una exclamación de sorpresa: apenas Tristán Romero y el otro dejaron de poder ver a Porfirio Malvido y a Lupe, el primero se cambió de asiento, acercándose a la mujer… Y la exclamación contenida de asombro brotó de los labios de Baby cuando Porfirio Malvido se inclinó hacia Lupe, que hizo lo mismo, ofreciéndole los labios.

La sorpresa de la espía internacional duró bien poco, ciertamente… Mucho menos que el beso entre el primer ministro y la esposa del secretario.

Bien… Así es la vida. Cuando menos se espera, se descubre un cubo lleno de basura. Nada menos que el primer ministro de un país, engañando a su secretario y amigo con la mujer de este. Fea actitud. La de ambos, por supuesto.

Pero como aquel asunto entraba dentro de las muchas cosas sucias que Brigitte había conocido en su vida, se desentendió de ello, dedicando de nuevo su atención a Tristán y Servando, que habían aparecido de nuevo. Caminaban de lado con respecto a Brigitte, de modo que esta todavía se enteró mejor que antes de la conversación. Solamente le pareció que el acompañante de Tristán Romero mencionaba una corriente de agua, que debía de ser de las que bordeaban el archipiélago, y algo así como una isla llamada

Criba… Debía estar equivocada, claro…

Tomó su decisión de pronto. Saltó del coche, sacó de este su maletín rojo con florecillas azules estampadas, y extrajo tres tubos de aluminio, que enroscó velozmente, formando un largo tubo con disparador en un extremo; luego, también del maletín, sacó un dardo de punta chata, de goma, con el círculo de choque en forma cóncava, es decir, una ventosa. Sacó también un pequeño micrófono, y lo encajó en el final del dardo de goma, asegurándose de que quedaba bien sujeto entre las dos aletas.

A todo esto, Tristán Romero y Servando habían llegado al coche en el que el segundo había llegado a la villa de Porfirio Malvido, y se metían dentro. Hasta Brigitte, en el bochornoso silencio del mediodía, llegó, apagado, el zumbido del motor al ser puesto en marcha…

Se encaramó de nuevo al coche y volvió a mirar con los prismáticos hacia la terraza de la piscina. Porfirio y Lupe ya no estaban allí…, sino entrando en la casa, ella sujeta por la cintura por una de las grandes manazas de Porfirio. Desagradable asunto, y llevado a cabo con precipitación y desfachatez. Allá ellos.

Saltó del techo del coche, entró en este, lo puso en marcha y salió al camino de tierra, conduciendo por él hasta llegar a la carretera principal de la zona residencial. Y como por toda la zona, parecía que en aquellos momentos solo circulaban ella y los dos hombres, oyó perfectamente el otro coche, acercándose, en cuanto paró el motor del suyo. Lo encendió de nuevo, dio marcha atrás, lo dejó escondido entre la espesa vegetación y arbolado, y, armada con el tubo, regresó hacia la carretera principal. Metió dentro del tubo el dardo con el micrófono, y apenas tuvo tiempo de montar el disparador cuando ya el coche aparecía a buena velocidad, en dirección a la playa.

Bien oculta entre los verdes helechos brillantes, esperó a que el coche hubiera pasado, y entonces, velozmente, pero sin precipitaciones que podían dar lugar a un fallo, alzó el tubo, apuntó un instante y apretó el disparador. En menos de dos segundos, el coche se perdía de vista.

Regresó al suyo, sacó el pequeño receptor de su maletín, y lo puso en funcionamiento.

En el acto, oyó la voz de un hombre:

* * *

—… que tenía que venir de isla Criba. La corriente recoge todo lo que queda por allí.

—Pero tenía que haberlo depositado antes en nuestra playa, no cuando ya parece que lleva muerto un par de semanas, ¿no te parece?

—La corriente de isla Criba tiene cosas muy raras, señor, usted lo sabe… Quizá recogió a Dionisio Gil hace dos semanas, y lo ha estado llevando varias veces alrededor del archipiélago antes de soltarlo.

—Sí… Es posible, claro. ¿Estás seguro de que murió ahogado?

—No, no… Seguro, no… Pero el cuerpo está tan hinchado y deformado… Suponiendo que lo hubiesen herido antes, la herida sería… un desperfecto más en su cuerpo. Además, si se ahogó, quiere decir que cayó vivo al mar.

—Eso parece lo lógico, Servando. Pero no olvides que Dionisio Gil era un buen nadador.

—Lo que era Dionisio Gil es un traidor —gruñó Servando—. Me alegro de que haya muerto. Y ya verá cómo tarde o temprano encontraremos a Anatolio Cervantes.

—Anotolio es más listo que Dionisio —musitó Tristán Romero—. Es lo bastante listo, al menos, para saber que no debe acercarse jamás a Todos Los Santos. Además, puesto que nosotros conocemos ya el «AK-99», a él no debe de interesarle ese estremecedor proyecto. ¿De qué le serviría a él, ni a nadie, si nosotros sabemos ya en qué consiste?

—De nada, supongo. En fin, de momento tenemos a Dionisio… Ya veremos si también aparece Anatolio.

—¿Está lejos el lugar donde apareció el cadáver?

—No… Un par de minutos más… En la playa de los baños, casi tocando la capital.

Tristán Romero asintió con la cabeza, pensativo. Encendió un cigarrillo, y Servando comprendió que ya no quería hablar más, sino ir pensando en el asunto. Lo cual le alegró, ya que si alguien podía encontrar soluciones a las cosas raras de Todos Los Santos, ese alguien era Tristán Romero.

* * *

En cambio, a Brigitte no le hizo ninguna gracia que Tristán Romero dejase de hablar para dedicarse a pensar. Naturalmente, le habría gustado enterarse de muchas más cosas, pero, de momento, lo que había oído ya le estaba dando en qué pensar. Tampoco había que despreciar el detalle de sus conocimientos respecto a la intimidad existente entre Lupe Marcos de Romero y Porfirio Malvido.

De un modo u otro, lo mejor era continuar detrás de Tristán Romero. Por poco interesante que fuesen sus actividades en aquellos momentos, siempre lo serían más, en relación a su misión en Todos Los Santos, que aquellas a que se hallaban dedicados el primer ministro y la esposa del secretario. Y, efectivamente, un par de minutos después, tras rodar por el Paseo Marítimo, el coche que conducía Servando se detenía junto a la barandilla adornada con flores y plantas que separaba el paseo de la playa con casetas multicolores y parasoles. Los dos hombres se apearon, descendieron por una de las escalerillas de piedra, y caminaron por la arena, hacia el grupo de gente que insistía en ver lo que había en el centro del círculo formado por algunos policías de uniforme.

Tristán Romero se arrodilló en la arena y alzó la manta con olor a mar que cubría el cuerpo. Instintivamente, su cabeza fue hacia atrás, y sus ojos se cerraron un instante. Desde luego, la identificación ocular era imposible… El cadáver estaba tan hinchado y deformado que no habría más remedio aue recurrir a las huellas dactilares del archivo central de los ciudadanos de Todos Los Santos. Por fortuna, la mano derecha se conservaba lo bastante bien para ello, a pesar de que la piel parecía un guante superpuesto sobre los huesos de los dedos y la putrefacta carne.

—Llevadlo al depósito —musitó, poniéndose en pie—. Servando, llama al archivo y que venga el empleado de turno con las huellas de Dionisio Gil y lo necesario para tomar las de este hombre.

—¿Usted cree que es él, señor?

—Creo que sí. Pero hay que asegurarse. Y si este hombre es Dionisio Gil, sería interesante dar una buena batida por la corriente de isla Criba. Quizá, con un poco de suerte, encontremos también el cadáver de Anatolio Cervantes.

—Eso sería una alegría para mí —masculló Servando.

—Sí… Para todos, hasta cierto punto. Pero yo me estoy preguntando qué sucedió realmente.

—¿Cómo?

—Quiero decir que tanto Dionisio Gil como Anatolio Cervantes eran buenos nadadores. Los dos escaparon cuando supimos lo que estaban intentando, y le quitamos a Anatolio el proyecto «AK-99»…

—¿Y…?

—¿Por qué se ahogaron? Me parece absurdo.

—Temo que no le entiendo, señor.

—Es simple… Me parecería bien encajado dentro de cierta lógica, que estuvieran heridos de alguna manera. Pero… ¿ahogados? ¿Cómo pudo ocurrir? ¿Se tiró Dionisio Gil al mar y se ahogó? ¿Te parece eso lógico, Servando?

—No, señor. Verdaderamente, no…

—Bien… Vamos a ocuparnos de todo esto. Por la tarde, cuando sepamos algo seguro, volveré a la villa del primer ministro, y veremos qué opina él de esto. Mientras tanto, tú te encargarás de que se dé una buena batida por la corriente de isla Criba. Y si apareciese también el cadáver de Anatalio Cervantes, el asunto aún me parecería más raro.

Capítulo IV

Anatolio Cervantes dejó de mirar por un lado de la ventana, y fue hacia la puerta. La abrió, dejando paso a la espía Baby, que entró apenas mirándolo de reojo, fue hacia una de las viejas sillas de la cabaña y se sentó. Entonces, encendió un cigarrillo y quedó pensativa, silenciosa, siempre sin mirar a Cervantes, que tras parpadear un poco perplejo decidió respetar el silencio de la espía.

Transcurrido un minuto, Brigitte se levantó, fue a la ventana y miró al exterior. Desde allí, se veía la Playa Vieja de la isla central de Archipiélago de Todos Los Santos. Anteriormente, aquel había sido el lugar concurrido para los baños, pero desde la construcción del Paseo Marítimo en la misma capital, había quedado poco menos que abandonado. Era muy raro ver a alguien por allí, ya que los bañistas podían evitarse la molestia del desplazamiento y la arena fina, como lodo. La cabaña estaba en lo alto de un montículo. Anatolio Cervantes, que sabía que su propietario había muerto poco tiempo antes, la había ocupado convirtiéndola en su escondite.

Siguiendo los consejos de la espía internacional, se había disfrazado. Y lo había hecho de tal modo que era imposible que alguien pudiera relacionar al hombre de cabellos rubios, con un parche en un ojo y una fea cicatriz en la mejilla derecha, con el apuesto Anatolio Cervantes…

De pronto, Baby dejó de mirar hacia el desolado exterior, ardiente de sol y arena, y se volvió hacia Cervantes.

—Tristán Romero calificó el plan o proyecto «AK-99» de estremecedor, Anatolio —musitó.

—Lo es —admitió Cervantes.

—¿Sigue negándose a decirme en qué consiste?

—Mire, señorita Smith, en el poco tiempo que llevamos de relaciones… profesionales he llegado a la conclusión de que puedo confiar en usted. Pero preferiría esperar. Una vez tenga yo el

«AK-99», le daré todas las explicaciones que quiera.

—No me gusta trabajar a ciegas, Anatolio. Aunque le parezca presunción, yo estoy acostumbrada a llevar le batuta en la orquesta del espionaje. Jamás he consentido que los demás me digan lo que tengo que hacer a ciegas.

—Puede dejar el trabajo, si así lo desea.

Brigitte le dirigió una huraña mirada.

—He cobrado un anticipo, Anatolio. Para mí, eso no tendrá importancia en cierto momento crucial, quizá; pero, mientras tanto, siempre he tenido la satisfacción de cumplir mis compromisos. Y no crea que lo hago porque todavía le queda por pagarme otro millón de dólares… Dígame, ¿quién era Dionisio Gil?

Cervantes se sobresaltó. Casi palideció un poco, fija su mirada en la espía.

—¿Qué sabe usted de Dionisio Gil? ¿Y ha dicho… «era»?

—Está muerto. Hace de eso no menos de un par de semanas. Su cadáver ha sido encontrado flotando en la corriente cálida que pasa por isla Criba. Al parecer, se ahogó hace ese tiempo. ¿Quién era?

—Un amigo —musitó Anatolio—. Dionisio me ayudó en el intento del robo del «AK-99». Luego, tuvimos que separarnos. ¿Está segura de que era él ese hombre ahogado?

—Así lo ha creído Tristán Romero y un hombre llamado Servando… Por cierto: Servando no siente hacia usted mucha simpatía, según me ha parecido.

—Ya sé —susurró fríamente Anatolio—. Pero eso son detalles sin importancia. Servando siempre fue envidioso y rastrero.

Brigitte asintió con la cabeza.

—Bien… Parece que no puedo esperar gran ayuda de usted para ir comprendiendo mejor la situación, Anatolio. Esta es una extraña forma de contratar a la gente…

—No he contratado a una persona —dijo Anatolio—, sino a una espía. Y espero que se dé cuenta de que usted solo tiene derecho a exigirme sus… honorarios. Por lo demás, solo tiene que obedecer y conseguirme el «AK-99»… ¿Cree que tiene alguna posibilidad de hacerse con ese proyecto?

—Lo tendré en el momento en que yo quiera, Anatolio. Ya nos veremos.

Brigitte se dirigió hacia la puerta, pero Cervantes se colocó ante

ella, con una mueca que intentaba ser amable.

—He sido demasiado brusco y autoritario —admitió—. Perdóneme. La verdad es que quisiera confiar en usted, pero no me atrevo. No sé si usted se da cuenta de lo que puede significar la seguridad de su país para un hombre como yo, señorita… Oh, vamos, no puedo continuar llamándola señorita Smith…

—Llámame, simplemente, Baby —sonrió Brigitte—. Y comprendo muy bien lo que sientes, Anatolio. En el fondo, quizá sea mejor que yo no sepa demasiado. Pero me gustaría que confiases en mí, como yo confío en ti.

—¿Confías en mí? —susurró Cervantes.

—Querido —sonrió de nuevo la espía—, no solo confío, sino que me parece que siento… algo más. Espero que te des cuenta de que me estoy jugando la vida por ti.

—Querrás decir por dos millones de dólares…

—Si crees eso realmente, si de verdad no has sabido… comprender mis sentimientos desde que te vi —musitó tristemente la muy hipócrita espía—, quizá sería mejor que abandone Todos Los Santos ahora mismo… Y te devolveré tu millón de dólares.

Anatolio Cervantes quedó petrificado unos segundos. Luego, no sin incredulidad, puso sus manos en la cintura de Brigitte, que inmediatamente alzó los brazos hasta su cuello, se abrazó fuertemente a él y le ofreció los labios, cerrando los ojos. Cervantes se quedó mirando, impresionado, aquel bellísimo rostro de muñequita inocente, y tragó saliva. De pronto, se inclinó, y sus labios tomaron los de la espía más embustera del mundo. Y la más astuta a la vez, por consiguiente. Con toda seguridad, Anatolio Cervantes jamás había recibido hasta entonces un beso como el que obtuvo de los labios de Brigitte Montfort.

Luego, esta quedó apoyada en su pecho, suspirando, acariciando sus finos deditos la nuca del hombre. Estuvieron inmóviles los dos durante unos segundos, hasta que Brigitte, tomando la iniciativa, se separó, para alzar la cabeza y tomar ella la iniciativa… No. Decididamente, jamás antes nadie había besado de aquel modo apasionado y dulce a Anatolio Cervantes, que quedó tenso y estremecido a la vez, notando el ardiente latir de su sangre en todo el cuerpo. Sus manos ascendieron por el torso de la espía, acariciándola, empezando a notar un zumbido en las sienes, un

temblor en las manos…

—Tengo que irme —suspiró de pronto Brigitte, apartándose.

—No tienes ninguna prisa —susurró él—. Podemos estar aquí, solos, durante horas y horas…

—Eso sería estropearlo todo, quizá, querido… No sé qué será de nosotros cuando esto termine… Pero tengo la esperanza de que los dos estaremos vivos, y podremos… compenetrarnos. Solo que…

—¿Qué? —inquirió él, roncamente, abrazándola de nuevo.

—Tengo la impresión de que me estás engañando. Cuando me has besado, he creído… encontrar algo nuevo en mi vida. Pero conozco bien a la gente que se dedica al espionaje. Incluso yo he besado alguna vez por motivos de trabajo…

—¿Y esta vez no?

Ella le miró con una expresión de dolido reproche, casi con lágrimas en los ojos.

—Esta vez, Anatolio, tengo la impresión de que ha sido a mí a quien han besado por motivos de trabajo.

—Te equivocas —murmuró Cervantes—. Te estás equivocando completamente, Baby.

La volvió a besar, y esta vez Brigitte no se opuso a las caricias de las manos de Anatolio Cervantes… Pero se separó otra vez, casi precipitadamente, y se quedó mirándolo con la expresión de quien teme sucumbir a sus propios deseos y sentimientos.

—Me voy, Anatolio. Y si no volvemos a vernos, recuerda que…

—¿Por qué no hemos de volver a vernos?

—Es lo más probable. Esta tarde voy a intentar el acercamiento a Porfirio Malvido, y tengo la impresión de que algo va a fallar. Si no fuese por aquellos dos hombres que quisieron matarnos en Nueva York, no temería nada… Todo sería simple: el robo de un sobre de una caja fuerte. Sencillo y casi fácil. Pero si ya quisieron matarnos dos hombres, sé muy bien que habrá dos hombres más, y otros dos, y otros… ¿Tengo alguna defensa contra ellos, acaso? No sé quiénes son, ni quiénes los envían…

—Si eso ocurre, los enviará el mismo hombre que envió a los dos primeros en Nueva York.

—¿Y quién es ese hombre? Quisiera saber… Oh, bueno, sé que no vas a decírmelo… Adiós, Anatolio.

—Se llama Gordon Carpenter.

—Oh… Anatolio, ¿confías en mí?
—Ya ves que sí.
—Gordon Carpenter… ¿Es norteamericano?
—Eso parece.
—Entiendo. ¿Está él aquí ahora, en Todos Los Santos?
—Sí.
—¿A qué se dedica?
—Según todas las apariencias, es corresponsal de un periódico de Estados Unidos. No sé cuál de ellos.
—Bien… ¿Dónde está exactamente?

Anatolio movió negativamente la cabeza, si bien conservó su gesto amable y apasionado hacia Brigitte.
—De momento, prefiero que no sepas eso. Por tu propia seguridad, Baby.
—Me gustaría saberlo. Naturalmente, no provocaría el contacto. Pero si algo te ocurriese a ti, quisiera saber a quién tengo que pedirle cuentas.
—No será necesario, porque nada ocurrirá.
—En Nueva York…
—En Nueva York, ocurrió que aquellos dos tipos me habían seguido, y se enteraron de que no tengo el «AK-99». Pero ellos murieron, y Gordon Carpenter no sabe nada… Suponiendo que viniera a pedirme explicaciones respecto a la desaparición de aquellos hombres, me bastará con decir que no sé nada. Y si me pregunta el porqué de mi viaje a Nueva York, creo que tengo ahora una explicación muy satisfactoria. Gracias a ti.
—¿Gracias a mí? ¿Qué explicación es esa? Anatolio sonrió, abrazándola una vez más.
—Tú misma. Se supone que yo tengo que cobrar todavía cuatro millones de dólares, en cuanto entregue el proyecto «AK-99» a Gordon Carpenter… Total, cinco. Y con cinco millones de dólares, es lógico que yo fuese a Nueva York a buscar a la mujer que amo, para llevármela al viejo continente, a Europa, en cuanto tenga todo el dinero.
—Es una explicación pueril —sonrió Brigitte.
—Quizá. Pero es sabido que los hombres hacemos muchas tonterías por las mujeres. Y estoy pensando… Quizá no sea del todo una mentira, Baby.

—¿Me estás proponiendo llevarme contigo a Europa cuando todo esto termine?

—¿Aceptarías?

Ella le besó, se zafó una vez más de sus brazos, y fue hacia la puerta. Allí, se volvió, sonriendo luminosamente.

—Solo tienes que intentarlo, Anatolio —musitó—. Tú pídeme lo que quieras… y yo te daré mi respuesta. Adiós.

Y esta vez Anatolio Cervantes ya no pudo retenerla.

* * *

Se había hecho subir el almuerzo a la *suite* que ocupaba en el hotel Arenas de Todos Los Santos, y entre bocado y bocado había ido tomando notas en un papel, mirando de cuando en cuando hacia la playa que se extendía a los pies del hotel. Había parasoles de paja, una piscina, sombrillas, patines de remo y vela, algunas lanchas en el embarcadero.

Como siempre, el colorido del verano, aquel estallido de sol y vida, la puso de buen humor. Casi no se veía a nadie en la playa en aquel momento, y, quizá por eso, decidió bajar allí a dormir la siesta bajo un parasol en cuanto hubiera terminado lo que estaba haciendo. Es decir, almorzar en primer lugar y acabar sus notas luego.

Y, finalmente, hecho esto, recurrió a un diminuto dictáfono, en el cual grabó todo cuanto sabía del asunto, así como sus impresiones personales, todo lo cual había ido aclarando en las notas extractadas. Ya grabado todo, dedicó diez minutos a oír su propia voz explicando todo el «Caso del Proyecto AK-99».

Luego, metió la pequeñísima cinta grabada en un sobre, en el cual, previamente, se había escrito el nombre y dirección del destinatario:

CHARLES PITZER

1044, 2and Avenue (Floristería). Manhattan, New York, USA

Se puso un bikini, un albornoz, y tomó un par de revistas. Bajó al vestíbulo del hotel y echó la carta en el buzón de envíos. Luego, por el vestíbulo interior, salió directamente a la playa, escogió el gran parasol de paja más cercano al mar, se tumbó, y se dedicó a leer las revistas… hasta que quedó profundamente dormida,

sonriendo como una niña, con el rumor del mar deslizándose placenteramente en sus oídos.

Al fin y al cabo, el siguiente personaje también debía de estar echando una buena siesta.

Capítulo V

Porfirio Malvido miraba con el ceño fruncido a su mayordomo, en pie junto a él, impávido, esperando la decisión del primer ministro de Todos Los Santos.

—¿Cómo dice que se llama?

—Jane Smith, excelencia. De Estados Unidos.

—¿Y ha venido a regalarme un automóvil?

—Eso dice la dama, excelencia.

—Bien… Es muy sorprendente esto, José.

—En efecto, excelencia. ¿Qué le digo a la dama?

—Bueno… Yo creo que sería una estupidez no recibir a una persona que parece dispuesta a regalarnos un auto… Tráela aquí. Antes, sírveme ron con hielo y azúcar. Y si ves que tardo más de cinco minutos en terminar el vaso, te acercas a decirme que tengo una importante reunión en la casa presidencial.

—Sí, excelencia.

José sirvió la bebida a Porfirio Malvido. Luego, se alejó de la terraza junto a la piscina, dejando no poco perplejo al primer ministro de Todos Los Santos. Perplejidad ciertamente justificada, ya que no es corriente recibir visitas dispuestas a regalar un coche… Jane Smith, de Estados Unidos. A buen seguro que sería una vieja dama completamente chiflada. Por supuesto, eso debía de ser…

Porfirio Malvido bebió un sorbito del dulce ron con hielo, y alzó la mirada hacia el sendero por el cual debía llegar la vieja dama acompañada de José… Y al ver tan solo la silueta de la «vieja dama», a contraluz solar, el ron se quedó de pronto como pegado a la garganta de Malvido, en un estallido ardiente de dolor, que hizo brotar lágrimas de sus ojos.

Y estaba todavía limpiándoselas cuando oyó la voz de José, tímidamente:

—Excelencia…, la señorita Smith.

Inmediatamente, aquella dulcísima voz, en un español perfecto, melodioso como nunca lo había escuchado Porfirio Malvido:

—Parece que llego en mal momento… Su excelencia no se encuentra muy bien… Volveré en otra ocasión, cuando…

Porfirio Malvido se apresuró a abrir los ojos, a costa de no pocas molestias.

—No, no —protestó—. Me encuentro perfectamente. Por favor, señorita Smith, siéntese… Puedes retirarte, José.

—Sí, excelencia.

La visita se sentó, y Porfirio, ya aclarada la visión, tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse en la correcta postura de un primer ministro y no mirar las hermosas piernas que quedaron parcialmente al descubierto. Pero lo demás podía mirarlo sin pecar de incorrecto, y lo hizo con verdadero placer: un rostro maravilloso, con unos ojos azules jamás vistos hasta entonces; una boca dulce, de labios llenitos y alargados, mostrando entonces una muequecita de niña casi amedrentada; una barbilla firme, deliciosa, con un hoyuelo diminuto y un poquito alargado; un cuello esbelto, dorado; unos senos en su justa medida, erguidos, sin provocación; una cintura esbeltísima, unas manos delicadísimas, unas piernas… No. Las piernas no debía mirarlas.

El primer ministro de Todos Los Santos tomó su vaso, y acabó el contenido de un trago.

—No es bueno beber así, excelencia —sonrió tímidamente la señorita Smith—. Seguramente, antes se atragantó por eso.

—Sí… Sí, fue por eso, sin duda… Pero ya pasó.

—No sabe cuánto me alegro, excelencia.

—Gracias… Es usted muy amable.

—Más amable es su excelencia, por haberme recibido.

—Oh, no… No tiene importancia. Además… Bueno —sonrió Malvido—, yo creo que sería una tontería no recibir a una persona que viene a regalarnos un automóvil. Aunque… supongo que José entendió mal.

—No, excelencia. Su mayordomo entendió perfectamente: si lo permite su excelencia, vengo a regalarle un automóvil. Negro, claro está, buscando una… seriedad digna de su cargo en el país. Aunque estamos dispuestos a variar el color del coche si su excelencia tiene preferencia por otro.

—El negro está bien. Pero… no comprendo nada. ¿Quién es usted y por qué quiere regalarme un coche?

—Jane Smith, de la casa Panter Car, excelencia. Temo que es una firma muy poco conocida en el mercado.

Porfirio Malvido continuaba desconcertado… y profundísimamente impresionado ante aquella belleza deslumbrante.

—Sí… Bueno, no he oído nunca antes esa marca…

—No quisiera hacer perder mucho tiempo a su excelencia, de modo que si me lo permite se lo explicaré brevemente, y me retiraré… La verdad es que quizá debí venir más tarde. Con este calor, un sol tan intenso… Temo que se me secará la boca de un momento a otro.

—Sí, en Todos Los Santos… Emmm… ¿Me permite invitarla a un refresco, señorita Smith?

—Se lo agradecería muchísimo —suspiró la bella morena de ojos azules—. Aunque no sé hasta qué punto será conveniente que un primer ministro beba con una simple vendedora de automóviles.

—Tonterías —sonrió Parfirio, agitando una campanilla de plata que descolgó de un lado de la mesita—. ¿Qué quiere tomar?

—Si me lo permite, lo mismo que su excelencia. Estoy segura de que es hombre de buen gusto.

—Espero no decepcionarla —parpadeó Malvido—. ¿Le parece bien ron con hielo y azúcar?

—Si a su excelencia se lo parece, a mí también.

José acudía ya presurosamente, y, apenas llegó, Porfirio la encargó dos nuevos vasos de bebida. El mayordomo se alejó, y Malvido dedicó de nuevo su atención a la bellísima mujer, que estaba encendiendo un cigarrillo con tal gracia y soltura, que el primer ministro no pudo contener una sonrisa lenta, rebosante de placer que aumentaba vertiginosamente.

—¿Está usted aquí por casualidad, señorita Smith, o…?

—¿Casualidad? Oh, no, no… Como es natural, ateniéndome a nuestra campaña americana, me interesé apenas llegar a Todos Los Santos por la persona más interesante del país… Usted, naturalmente, por… Oh, perdón, he querido decir su excelen…

—Por favor, señorita Smith —movió una mano Porfirio—. No es necesario que se disculpe. Y no se tome muy en serio el tratamiento.

—Temo… que eso me resultará difícil. Su excelencia parece un hombre muy… muy…

De pronto, la dulce y tímida señorita Smith se calló, y se sonrojó intensamente, sorprendiendo a Porfirio Malvido. Sorprendiéndolo de un modo muy agradable, ciertamente.

—¿Muy… qué? —sonrió.

—Pues… Oh, bueno…

—Por favor, le ruego que lo diga.

—Bien… Su excelencia es muy… grande.

—¿Grande? Solo soy un primer ministro de un pequeño e insignificante país isleño.

—Yo… yo no me refería ahora a eso… ¡Oh, quiero decir…! Perdone su excelencia si…

—No debe temer nada. Le aseguro que su charla me resulta muy simpática, señorita Smith.

—Mu-muchas gracias…

—Y ahora, explíqueme eso de grande. ¿Se refiere a mi estatura?

—No, no… No solo a eso, no… Es que… No sé… Su excelencia impresiona mucho… Se le ve muy… grande en todo, como… como si fuese una… un hombre… especial.

—¿Especial? ¿En qué sentido?

La señorita Smith bajó la mirada, de nuevo sonrojada.

—En… en todos los sentidos, excelencia.

—Bien… Vaya, señorita Smith, creo que nunca me habían… halagado tanto y de un modo tan encantador. Casi me atrevería a decir que la he impresionado simplemente como hombre.

La espía internacional alzó un instante la mirada, se mordió los labios, y volvió a mirar al suelo. Y Porfirio Malvido tuvo de pronto la sensación de que estaba rodeado de música maravillosa que… Sí: parecía brotar de aquella hermosísima muchacha de ojos azules…

—Ejem… Bueno, señorita Smith, si en vez de venir a regalarme un coche viniera a vendérmelo, creería que todas sus palabras eran simples cumplidos profesionales…

—¡Oh, no! ¡Lo que he dicho es lo que…!

Se detuvo, mordiéndose los labios. El mayordomo llegó entonces, con una bandeja en la que se veían los vasos con ron, azúcar y hielo.

Lo dejó en el centro de la mesa, y a una seña discretísima de

Porfirio se apresuró a alejarse.

El primer ministro tendió un vaso a la espía, sonriendo.

—Acláreme por fin eso del regalo del auto, por favor.

—Gracias… —Brigitte bebió un sorbito de ron—. ¡Oh! ¡Está muy bueno…!

Porfirio Malvido se echó a reír, de pronto, resultando él el primer sorprendido. Pero, de modo irreprimible, tuvo que reír, ante aquella damita sensacional, dulcísima y deliciosa como una niña. En menos de cinco minutos, Porfirio Malvido estaba llegando, a la conclusión de que, hasta entonces, la vida había sido un oscuro deslizarse por la faz de la Tierra, sin provecho, sin alegría, sin felicidad alguna…

—Es solo ron —advirtió alegremente.

—Sí, pero… Parece algo mucho mejor… Quizá sea que… que el momento… Oh… ¡Oh! Yo… Respecto al coche, excelencia, debo… debo decirle que no es un regalo completamente desinteresado… Quiero decir que esperamos obtener algo gracias a ese regalo.

—No comprendo.

—Es una especie de… publicidad. Hemos… hemos pensado en una campaña de venta por los países al sur de la frontera de Estados Unidos, y… Nuestros coches son bastante caros, de modo que aspiramos a llamar la atención de las personas con… posibilidades de comprarlos. Y un sistema que nos pareció eficaz para la publicidad es este de regalar uno de nuestros coches a personajes importantes.

—Ahora sí lo entiendo. Ustedes me regalan un coche a mí, y esperan luego vender varios en Todos Los Santos. Desde luego, el hecho de que el primer ministro de un país tenga un Panter Car, puede inducir a muchas personas a decidirse por un coche de esta marca a la hora de comprarse un auto nuevo.

—Esa es nuestra idea, excelencia. Y, naturalmente, no pensamos ir pregonando que las personas importantes que tienen el primer Panter Car lo deben a un regalo. Nadie se enterará de eso. Simplemente, la persona importante usa uno de nuestros coches, y eso es todo. Nos ayuda a vender, dignamente, y nosotros le regalamos un auto.

—Ya, ya… Tendré que pensarlo, señorita Smith. A fin de cuentas, yo ya tengo coche.

—Sí… Lo comprendo, claro… Pero siempre es mejor tener dos que uno.

—Según cómo se mire. Además, este es un país de distancias cortas. Las largas hay que recorrerlas en barco, o cualquier vehículo anfibio.

—Entonces… ¿no acepta el regalo, excelencia?

—Tampoco he dicho eso —sonrió Porfirio—. De todos modos, supongo que no tengo que tomar la decisión inmediatamente.

—No, no.

—Magnífico. Esto quiere decir que volveremos a vernos, señorita Smith.

Los hermosos ojos azules quedaron dulcemente fijos en los diminutos y negros de Porfirio Malvido.

—Sí… Tendremos que volver a vernos…

—¿Más ron?

—No, no… Cuando su excelencia lo desee le enviaré los folletos con los diferentes modelos de autos de la Panter…

—¿Los enviará? ¿Cómo debo entender eso? ¿Significa que está eludiendo otra posibilidad de vernos, señorita Smith?

—¡Desde luego que no! Quiero decir… Bueno, podía llevárselos mañana… a la casa presidencial.

—¿Y por qué no aquí… esta noche? —susurró Porfirio Malvido.

—¿Esta… noche?

—¿No le parece bien? Incluso podríamos cenar juntos… La espía volvió a enrojecer.

—A-agradezco… agradezco mucho este honor, pero yo… yo creo que aún no conozco bien a su excelencia, y no sé… Temo que no sería del todo correcto…

—No veo la incorrección por ningún lado, señorita Smith… De todos modos, si ha de sentirse más… tranquila conociéndome un poco mejor, puedo recibirla mañana al mediodía, aquí mismo. ¿Tomaría un aperitivo conmigo?

—Preferiría… ir a la casa presidencial, excelencia.

—Bien —suspiró Porfirio, sonriendo—. Supongo que todas las cosas requieren su tiempo.

—¿A… a qué hora puedo… ir allí?

—¿Las once? —sugirió Porfirio.

—Oh, sí, es buena hora…

—Decidido, entonces. Nos volveremos a ver mañana a las once… Pero temo que ha de pasar mucho tiempo hasta entonces, y yo no soy de los que saben esperar…, en ocasiones. ¿No puedo convencerla para que cene conmigo?

—Pues…

Porfirio Malvido alzó la mirada, de pronto. Al mismo tiempo, Brigitte oía la llegada de un coche, que supo que se detenía en el espacio de jardín destinado a ello, a su espalda y entre unos árboles. Se volvió, siguiendo la mirada de Malvido, y vio a los Romero a punto de apearse. Cuando de nuevo miró a los ojos del primer ministro, vio en ellos un destello que parecía de sorpresa, como si de pronto recordase algo. Brigitte pensó que Porfirio Malvido había estado encantado de la vida hasta aquel momento, y que la presencia de Lupe Marcos de Romero le recordaba algo que en aquel momento no le gustó. Al parecer, el primer ministro de Todos Los Santos estaba llegando, súbitamente a la conclusión de que Lupe Marcos ya no le interesaba tanto, y se sintió molesto.

—Con su permiso, voy a retirarme, excelencia.

—No es necesario.

—Oh, sí… Llegan visitas… Es natural que su excelencia tenga asuntos más importantes que atender…

Mientras hablaba, Brigitte había abierto su bolsito, sacando de él un diminuto micrófono con ventosa. Y al ponerse en pie se apoyó en la redonda mesita, colocando bajo esta el micrófono, sin que Porfirio Malvido se hubiera percatado en modo alguno de la maniobra. El primer ministro se apresuró a ponerse en pie, mirando intensamente a la bellísima damita.

—Espero que se quedará bastante tiempo en Todos Los Santos…

—No sé… Depende del éxito de mis ventas, claro…

—Procuraré que sean muchas. Y confieso que lo hago por motivos… egoístas. Quisiera retenerla mucho tiempo en mi país, señorita Smith.

Hubo un cambio ardiente de miradas antes de que Brigitte inclinase la cabeza.

—A mí también me gustaría quedarme —musitó.

Porfirio había hecho sonar la campanilla, y el mayordomo se acercaba ya, convergiendo con los Romero, que miraban con curiosidad a la hermosa desconocida.

Pero no hubo presentaciones, ya que Brigitte se alejó hacia donde esperaba José para acompañarla hasta la puerta de la villa, donde había dejado el coche. Al pasar cerca de Tristán Romero, este la miró con mucha atención, inclinando ligeramente la cabeza. Luego, Brigitte estuvo segura de que la aguda mirada del segundo hombre de Todos Los Santos estaba especulativamente fija en ella. Y, por supuesto, preguntaba a Porfirio Malvido quién era ella.

Poco después, estaba en su coche, y saludó con la mano al ceremonioso mayordomo, que inclinó la cabeza. Y apenas se hubo alejado lo conveniente, abrió el maletín, sacó el receptor, y lo accionó.

—… por ser vendedora de coches no lleva uno muy bueno. Lo ha alquilado aquí, en Todos Los Santos.

Porfirio Malvido encogió los hombros.

—Quizás está esperando el envío de alguno, Tristán.

—Panter Car —musitó Tristán—. No recuerdo que nuestro país haya autorizado la entrada de automóviles de esa casa. Tendré que echar un vistazo a…

—Te gusta complicarte la vida —amonestó Porfirio—. ¿No es cierto, Lupe?

—Cada uno es como es —sonrió la mujer—. Y Tristán es de los que no quieren dejar pasar nada por alto. Yo creo que es mejor dejarlo a su aire. Allá él si le gusta trabajar tanto…

—En nuestro cargo, querida —informó Romero—, hay que trabajar mucho y duro. El nuestro es un país pequeño, pero necesita vigilancia y una dedicación absoluta.

—Pues me parece que Porfirio no se lo toma tan en serio. Él vive la vida mejor que tú.

—Por algo soy el primer ministro —rio Porfirio—. De manera que son los demás quienes tienen que trabajar, y yo firmar.

—Solo que, a veces, Porfirio, hay que dedicarse con más intensidad al trabajo.

—¿Qué quieres decir? —gruñó el primer ministro, mirando hoscamente a Romero—. ¿Que tendría que trabajar más?

—Digamos, con más… interés.

—¿Qué pretendes que haga? Todo va bien en Todos Los Santos, de manera que no hay por qué matarse trabajando.

—Nunca van bien del todo las cosas en un país. Quiero decir que

en un país que se estanca, que no progresa sin descanso, algo puede fallar en cualquier momento.

—Oye… No tengo ganas de discutir contigo sobre esto… ¿Qué harías tú, en mi lugar?

Tristán Romero permaneció silencioso unos segundos, mirando sus manos, pensativo…

—Nada… —musitó al fin—. Perdonadme un momento, pero tengo que llamar a Servando.

Se puso en pie y fue hacia la casa, en busca del teléfono. Porfirio y Lupe lo estuvieron mirando hasta que entró en la casa. Entonces, Lupe dijo:

—Están preparándose para recorrer la corriente de isla Criba, Porfirio. Podríamos vernos mañana, mientras Tristán no…

—Temo que mañana no podrá ser, querida.

—¿Por qué? Pocas veces tenemos buenas ocasiones de vernos a solas… Él estará todo el día en el mar… ¿Nos vemos en tu cabaña de caza?

—Te digo que mañana no podrá ser. Tengo trabajo en el despacho.

—¿Trabajo? ¿Trabajo tú? Bueno, admito que puedes tenerlo, claro está, pero… Quiero decir que nunca he sabido que tuvieras un trabajo que no pudieras aplazar.

—En esta ocasión no puedo —sonrió irónicamente Porfirio—. Quizá tu marido me ha… conmovido.

—Déjate de tonterías. Iré a tu cabaña en cuanto Tristán…

—Te digo que no, Lupe. No insistas.

Lupe se quedó mirando fijamente a Malvido, musitando:

—Esa mujer… ¿Estás seguro de que es una vendedora de coches norteamericanos?

—No te entiendo… ¿Te refieres a la señorita Smith?

—Sí. ¿De qué la conoces?

—De nada. Ella ha venido hace unos minutos a… Un momento, Lupe, ¿me estás pidiendo explicaciones… de algo que no comprendo? Te ruego que seas explícita.

—Es muy hermosa… Y te conozco bien, Porfirio. Eres muy capaz de haberla encontrado en cualquier lugar y haberla hecho venir… Quizá te has cansado de mí… Pero ten cuidado: yo no vacilaría en defender lo que quiero. No vacilaría ante nada… Ni siquiera ante el

escándalo.

—¿Estás loca? —musitó Porfirio—. Lo nuestro empezó, y, como todo lo que empieza, tendrá que… Ahí viene Tristán.

—Ten cuidado con lo que haces, Porfirio. No soy mujer que se conforme a perder.

—Por favor, calla…

Tristán Romero llegó a la terraza, se sentó ante la mesita, y miró a Malvido.

—Servando dice que todo quedará preparado dentro de un par de horas, como máximo, de manera que mañana temprano saldremos a sondear en la corriente de isla Criba… Respecto a Dionisio Gil, pues sí: el cadáver que encontramos era el suyo, Porfirio. Lo cual no nos aclara nada, desde luego. La hipótesis…

* * *

Brigitte cerró el receptor, en primer lugar porque la conversación ya no parecía que fuese a ser de gran interés, y en segundo lugar porque ella tenía muchas cosas en que pensar, para el día siguiente.

Pero, antes, sería bueno hacerle otra visita a Anatolio Cervantes, para decirle que todo estaba funcionando a la perfección, y, con un poco de suerte, sonsacarle algo más. Los hombres, en general, no son demasiado listos en asuntos de mujeres. Para ellos, un beso, aunque sea dado por una espía astuta e hipócrita, siempre es un beso. Pues bien: ella, la agente Baby tenía muchos besos para repartir…

Capítulo VI

La cabaña parecía abandonada, desde luego; parecía cierto que Anatolio había sabido elegir muy bien su escondite mientras permaneciese en Todos Los Santos.

Llamó quedamente a la puerta. Luego, se apartó hacia un lado, sacando su pistolita de cachas de madreperla. Pero todo fue normal: Anatolio abrió la puerta, se asomó, y sonrió al verla.

—Pasa.

La espía entró en la cabaña, guardando la pistolita. Ni siquiera tuvo tiempo de empezar a pensar en el modo de explicarle a Cervantes los últimos acontecimientos, ya que él se apresuró a preguntarle:

—¿A qué has venido otra vez?

Brigitte frunció el ceño.

—¿Ocurre algo, Anatolio?

—No… Desde luego que no. Creo que estoy un poco nervioso… Supongo que es por llevar ya dos días encerrado en este asqueroso lugar. Salgamos afuera…

De nuevo frunció el ceño la espía. Primero le dice que entre, luego le dice de salir afuera… Ya en el exterior, Anatolio le ofreció un cigarrillo.

—¿Tienes algo que decirme?

—Te encuentro nervioso… Creí que me recibirías con mucha más alegría, teniendo en cuenta aue…

—Creo que empiezan a fallarme los nervios, perdóname… Estoy deseando terminar esto, para marcharnos los dos a Europa. ¿Ha ocurrido algo importante?

—Yo opino que sí —contestó un tanto secamente Brigitte—. De momento, tengo entrada mañana a las once al despacho de Porfirio Malvido. Eso quiere decir que me enteraré mañana mismo de la combinación de su caja fuerte.

—¿Así de fácil?

—Tengo medios para cosas más difíciles que esa, querido. Si yo digo que tendré la combinación de la caja, es que la tendré. Luego, hay otra cosa: al amanecer, Tristán Romero, el llamado Servando y otros hombres, van a empezar a sondear en la corriente cálida de isla Criba.

—¿Con qué objeto?

Brigitte frunció el ceño una vez más.

—¿No te lo dije? Se supone que encontrar otro cadáver: el tuyo, querido Anatolio.

—¿Mi… cadáver?

—Oh, vamos, pareces un tonto… ¿Cuál otro?

—Sí… Bien… Bueno, ya me has dado las últimas noticias… ¿Tienes algo más que decirme?

Baby sonrió y se quedó mirando fijamente a Cervantes durante unos segundos.

De pronto, tiró el cigarrillo y alzó tiernamente los brazos hacia el cuello del hombre… Pero antes de que las delicadas manitas de la espía se juntaran en la nuca masculina, Anatolio las cogió, bajando los brazos.

—Perdóname otra vez —musitó—. Te ruego que comprendas mi estado de ánimo…

—No hace muchas horas, tu estado de ánimo era…

—Diferente. Lo sé. Pero ahora estoy demasiado nervioso. ¿Quieres algo? ¿Necesitas alguna cosa de mí?

—Una cosa —asintió secamente Brigitte—: el otro millón de dólares.

—¿Cuándo lo necesitas?

—Ahora.

—¡Imposible!

—¿Imposible? Muy bien… Acepto eso, de momento. Pero en todo caso no tendrás las microfotos del proyecto «AK-99» hasta que me hayas entregado el segundo millón. Espero que esto quede bien claro, querido. Hasta la vista.

—No te disgustes conmigo…

—No me disgusto. Solo acepto tu actitud, y te correspondo con otra igual. Si algo ha variado en ti en tan pocas horas, pues muy bien. También cambio yo: no hay amor, ¿no es así? Pues, entonces,

quiero mi segundo millón de dólares. Será mejor que veas el modo de conseguirlo para mañana por la noche. De lo contrario, las microfotos las negociaré yo misma con quien sea.

—¡Tú no harás eso…!

—¿No? —sonrió fríamente la espía.

—Espera… Espera, Baby… —Anatolio la retuvo, abrazándola fuertemente—. No tengas en cuenta mi actitud de ahora. Ya te digo que es debido a los nervios, a la tensión… Tendré tu millón de dólares, y, además, insisto en que quisiera llevarte conmigo para siempre…

Brigitte se quedó mirándolo fijamente. De pronto, sonrió con su inigualable dulzura, volvió a echarle los brazos al cuello, sin que esta vez Cervantes se opusiera, y lo besó en los labios.

—De acuerdo, querido —musitó—. Seguiremos como antes. Pero me habías asustado un poco…

—Solo son los nervios, te repito.

—Entonces, me hago cargo —volvió a besarlo y sonrió de nuevo —. Ya te diré algo mañana. Adiós.

Se separó de él, alejándose hacia el coche. Subió, lo puso en marcha y desapareció, ladera abajo, hacia la carretera que bordeaba la playa.

Anatolio Cervantes permaneció allí todavía casi dos minutos. Luego, entró en la cabaña, fue hacia un rincón y apartó unas grandes cestas viejas y podridas ya tiempo atrás. Un hombre alto, rubio, de ojos claros, muy apuesto, salió de detrás de las cestas, estirándose, mirando hoscamente a Cervantes.

—Supongo que podrá explicarme esto, Cervantes —gruñó.

—Lo lamento de veras, Carpenter. Pero no quería que ella le viese a usted, ni que usted la viese a ella. La verdad es que no estoy arrepentido de haber ido a buscarla a Nueva York.

—Y yo insisto en que su historia de Nueva York no me convence.

—Pues no tengo otra —masculló Cervantes—. De modo que allá usted. No vi a sus hombres, no sé nada de nada… ¿Cómo tengo que decirlo para que me crea?

—No me gusta esto.

—Ni a mí. Creo que he querido hacer las cosas tan bien, que lo he complicado todo.

—En eso sí estoy de acuerdo con usted —refunfuñó Gordon Carpenter—. Cuando le propuse comprarle el «AK-99», no había nada más fácil que entregármelo y recibir los cinco millones de dólares Pero atrasa la entrega, me pide solo un millón…

—Necesito otro millón.

—¿Inmediatamente?

—Sí. Hoy mismo.

—¿Para qué? ¿Por qué? ¿Qué está tramando usted, Cervantes?

—Solamente estoy haciendo las cosas de modo que yo tenga ciertas garantías. Y mi novia me está ayudando.

—Esto es absurdo… ¿No comprende que su garantía está más que asegurada? Sin usted, nosotros no podríamos conseguir nada en Archipiélago de Todos Los Santos.

—Entonces, es mejor que sean un poco condescendientes conmigo, en bien de todos. Usted, Carpenter, está acostumbrado a estas cosas, a estos… «affaires». Pero yo no. Y actúo con lentitud, con miedo…

—¡Pero es absurdo que tema algo de mí! ¡Lo necesito, Cervantes!

—¿Me dará el millón, entonces?

—Ahora mismo, si quiere.

—Estupendo. ¿Ha dejado su coche cerca?

—No demasiado, pero nos ahorrará camino y tiempo… ¿Está seguro de que tiene los documentos?

—¿Cree que estaría haciendo todo esto si no tuviera en mi poder el proyecto «AK-99»?

—¿Y también está seguro de que solamente usted y Dionisio Gil lo conocen?

—Completamente seguro.

—Bien… Lo triste del caso es que no tengo más remedio que confiar en usted, y aceptar todas sus condiciones. Vamos al yate, y le entregaré otro millón de dólares. Pero juegue limpio conmigo, Cervantes, o lo lamentaría de veras. Y otra cosa: a su novia, por más que usted ha querido ocultarla a mi vista, la he estado observando atentamente… Y le aseguro que no la olvidaré. Eso sería imposible.

—¿Me está… amenazando de alguna manera, Carpenter?

—No, no… Solo quiero que sepa que puedo localizar a su novia en cuanto quiera. Pero estoy seguro de que todo saldrá bien… ¿No

cree lo mismo?

—Claro —musitó Cervantes—. Todo saldrá bien, se lo garantizo.

—Entonces, vamos a por el millón de dólares. Y ya serán dos.

* * *

El yate llevaba el nombre de *Tornado*. No era muy grande, pero sí lo suficiente para no menos de quince personas, holgadamente. Nuevo, flamante, moderno, potente… Estaba en la rada siete del pequeño puerto de Ciudad de Todos Los Santos, y ostentaba la bandera de Estados Unidos.

A los pocos minutos de entrar él, Anatolio Cervantes, siempre con su disfraz que lo convertía en inidentificable para los posibles conocidos que encontrara a su paso, salía del yate, llevando una bolsa de lona que parecía contener pequeños útiles deportivos, pero que, obviamente, contenía un millón de dólares. Parecía contento, satisfecho de la vida, tranquilo.

También estaba tranquila la agente Baby, viéndolo salir del yate con aquella bolsa de lona. Tranquila, y casi sonriendo irónicamente. Quizá porque pensaba en la sorpresa que se habría llevado Anatolio si la hubiera visto allí, tras haberlos seguido a él y al apuesto hombre rubio del yate. Éxito del que no se jactaba demasiado Brigitte, ya que había sido extremadamente fácil: simula marcharse, esconde el coche, dispuesta a esperar a la visita que ella sabía tenía Anatolio en la cabaña, y cuando salen los dos, los sigue a distancia. Cuando ambos suben al coche que había estacionado lejos de la cabaña, ella sigue detrás, llegan al muelle, los dos hombres suben al *Tornado*, y luego Anatolio sale con una bolsa que, sin duda, contiene el millón de dólares que ella le había pedido.

Sencillo.

Al menos, para una espía.

Anatolio seguía su marcha por el Paseo Marítimo, tranquilo siempre, satisfecho por poder pasear sin ser reconocido… Y tras él tuvo en todo momento a la agente Baby, hasta que esta se convenció de que Anatolio regresaba a la cabaña.

Visto esto, la espía dio media vuelta, regresando a la ciudad, a pie. Se acercó prudentemente al yate, y estuvo observándolo durante unos minutos. No había movimiento a bordo, y estuvo

tentada de ir al hotel, vestirse adecuadamente y hacer una visita clandestina al yate *Tornado*. Pero, realmente, por el momento, aquello sería complicar las cosas. Aunque el yate pareciera poco menos que abandonado, sin tripulación alguna, era seguro que, cuando menos, estaría allá el hombre rubio que debía de ser, posiblemente, casi seguro, Gordon Carpenter. De un modo u otro, si la atrapaban, las cosas se iban a complicar demasiado. Parecía que Anatolio estaba haciendo bien su parte, y ella no tenía por qué estropear la labor de un novato del espionaje.

De modo que decidió dejar el asunto por aquel día. Una buena cena, una buena noche de sueño, y al día siguiente las cosas tomarían un cauce definitivo. Un cauce que, estaba segura, llevaría en línea recta al magnífico yate llamado *Tornado*.

Capítulo VII

La primera sorpresa del día se la llevó Brigitte cuando, a la mañana siguiente, se presentó en la casa presidencial. Allá, en la sala de espera, sentado elegantemente, con un periódico en las manos, estaba el hombre rubio y apuesto que había ido con Anatolio Cervantes al yate *Tornado*. Cuando ella entró, alzó la mirada, y un chispazo brevísimo de reconocimiento pasó por sus ojos. Tan brevísimo, tan bien controlado, que Brigitte ni siquiera lo captó.

Tuvo que sonreír a aquel apuesto hombre cuando él, apenas aparecer ella, se puso en pie, cortésmente. Brigitte se sentó, mientras el ujier desaparecía por una pequeña puerta lateral, moviendo afirmativamente la cabeza hacia Gordon Carpenter cuando este le hizo un gesto de impaciencia, señalando su reloj de pulsera.

Brigitte quedó sentada, muy seriecita, mirando a todos lados… excepto a Gordon Carpenter, que la observaba disimuladamente. Una gran sala, un tanto recargada, con confortables sillones, un gran ventanal, plantas tropicales, dos ventiladores en el techo… Desde allí se veía perfectamente el azul intenso del mar, con crestas blanquísimas…

La espía internacional abrió su bolsito, sacó un paquete de cigarrillos, extrajo uno, y se lo colocó en la boquita. Guardó el paquete de cigarrillos, sacó un bonito encendedor adornado con piedras preciosas, y lo accionó… No debía de funcionar muy bien, porque tuvo que hacerlo varias veces antes de conseguir que brotase la llamita… Es decir, cuando ya hubo tomado cuatro fotografías de Gordon Carpenter.

Y de nuevo el destello de inteligencia pasó por los ojos del apuesto propietario del yate *Tornado*. Igualmente breve y velocísimo, de modo que la espía no pudo captarlo.

El ujier apareció cuando apenas había dado tres o cuatro

fumadas al cigarrillo, y se acercó a ella, musitando algo. Brigitte tiró el cigarrillo a uno de los grandes ceniceros de barro cocido y pintado a mano, y se puso en pie, caminando hacia la gran puerta que daba al antedespacho del primer ministro de Todos Los Santos.

Cuando pasaban ambos por delante de Gordon Carpenter, este preguntó:

—¿Sabe su excelencia que estoy esperando desde las diez?

—Lo recibirá enseguida, señor Carpenter. Su secretario no está en la ciudad hoy, y eso carga mucho el trabajo de su excelencia. Pero ha dado ya la orden para reunir los datos para su reportaje sobre Todos Los Santos. Unos minutos, por favor.

—Está bien…

Brigitte cruzó la gran puerta, atravesó el regio despacho, y tras cruzar la siguiente puerta, se encontró en otro despacho aún más regio, lleno de luz, visible el mar desde dos ventanales enormes adornados con tiestos rebosantes de flores rojas, amarillas, verdes… Dos ventiladores en el techo, sillones, una gran alfombra de paja trenzada, que en Estados Unidos costaría no menos de quinientos dólares…

Porfirio Malvido, imponente en su colosal estatura, se puso inmediatamente en pie tras su mesa y sonrió afablemente.

—Es usted muy puntual, señorita Smith.

—Buenos días, excelencia… Usted… es muy amable conmigo… Afuera hay un caballero que desde las diez…

—Oh, sí… Un periodista entremetido, con mucho dinero, de esos que tienen fortuna particular pero buscan algún trabajo que les distraiga… Tendrá que esperar.

El ujier salió del despacho, y entonces Porfirio Malvido salió de detrás de su mesa, se acercó a Brigitte, le tomó ambas manos y las besó, lentamente.

—O quizá le diga al señor Carpenter que vuelva mañana —musitó.

—No, no… Él… él quiere hacer un reportaje sobre Todos Los Santos, y eso… eso es bueno siempre para que un país… sea… conocido… en el resto del mundo… Excelencia, por Dios…

Porfirio Malvido había ascendido en su galanteo, besando el brazo de Brigitte hasta llegar al hombro. Una vez allí, su intención de besar el fino cuello era tan evidente que Brigitte hizo su súplica,

con un gemidito débil, temeroso…

—Creo —susurró roncamente Porfirio— que me he excedido un poco, pero… Señorita Smith, usted es… demasiado hermosa.

—¿Demasiado…?

—Quiero decir que deberá perdonar a este pobre hombre por lo que… intentaba.

—Es que… hay tanta luz, y… ¿Perdonarlo?

—¿No quiere perdonarme?

—Pero, excelencia, solo se perdonan las ofensas, o… o las cosas… las cosas desagradables… Quiero… quiero decir…

Porfirio Malvido suspiró profundamente. Tomó a Brigitte de un brazo y la llevó hacia el tresillo que estaba colocado bajo una de las grandes ventanas. Señaló el sofá, claramente dispuesto a sentarse junto a la espía, pero Brigitte murmuró:

—Temo… temo que la entrevista no… no podrá cumplimentarse, excelencia.

—¿Cómo?

—Yo… yo soy una estúpida…

—¡Por favor…! ¿Ha ocurrido algo?

—Pues. ¡Oh, es una cosa tan ridícula, excelencia!

—¿Qué cosa?

—Anoche, cuando estaba escogiendo los folletos con los modelos de coches que podrían interesar a su excelencia, yo… los estropeé. Estaba tomando café, y… y… Bueno, quedaron completamente manchados. Ya… ya he pedido urgentemente otros a Estados Unidos, pero creo que… que tardarán no menos de un par de días, claro…

Porfirio Malvido sonrió alegremente.

—¿Dos días solamente?

—Sí, dos… Oh, parece como… como si su excelencia se alegrase de lo ocurrido.

—¡Claro que me alegro!

—Pe-pero…

—Señorita Smith, todas las cosas tienen su explicación. Unos cuantos días más en Todos Los Santos no perjudican a nadie. En cuanto a mí, personalmente, me encanta que esos folletos hayan quedado inservibles. Y ojalá tarden los nuevos más de dos días. ¡Mucho más!

—Bueno —sonrió Brigitte—, en ese caso temo que me encontraría en apuros, excelencia.

Malvido la hizo sentar, se sentó a su lado y le tomó una mano con gesto protector.

—¿Apuros? —alzó las cejas.

—Mi próxima visita es a Puerto España, y tengo avisado que estaré allá para dentro de tres días, de modo que me enviarán el dinero para proseguir con mi trabajo…

—No comprendo.

—Pues… A fin de evitarme molestias, mis jefes me envían dinero en moneda nacional a cada país que visito. O sea, que yo no llevo tanto como sería necesario para pasar muchos días más en Todos Los Santos.

—Oh… Eso tiene fácil arreglo. Para mí sería un placer darle algo de…

—¡Excelencia! —protestó Brigitte.

—Supongo que no va a interpretar mal mi ofrecimiento —frunció el ceño Porfirio.

—Pues… no. Oh, no, desde luego… Pero… ¡No puedo aceptar dinero de su excelencia!

—¿Ni siquiera un préstamo?

—No, no…

—Vamos, vamos, señorita Smith… Sería ridículo que una mujer como usted se encontrase sin dinero.

—Bueno… Es que he oído casos de mujeres que, con diversos trucos, conseguían…

Porfirio Malvido se echó a reír, divertido extraordinariamente.

—¡Por Todos Los Santos! —exclamó—. ¡Señorita Smith, jamás se me ocurriría pensar eso de usted!

—¿Le parece que yo no podría pedir dinero? —sonrió ella.

—¡Más que ninguna! ¡Y lo merecería!

—Creo que su excelencia está siendo demasiado amable conmigo. Aceptaré dinero… Pero tan poco, que nadie podrá pensar… Creo que con mil pesos tendría suficiente para…

—¡Mil pesos! —protestó Porfirio—. ¡Pero eso no son ni siquiera trescientos dólares!

—Ya lo sé, pero…

—Le entregaré ahora mismo diez mil pesos santeños. Y si

necesitase más, solo tiene que pedirme lo que sea.

Malvido se puso en pie y fue hacia su mesa. Abrió un cajón, sacó una cartera y extrajo unos billetes. Brigitte frunció el ceño al comprobar que Malvido llevaba aquel dinero encima, y se puso en pie y fue hacia allí presurosamente.

—Por favor, excelencia… Se va a quedar sin nada…

—Querida señorita —sonrió él—: tengo más dinero en casa, en el banco, en tierras… Y aquí mismo. Diez mil pesos no son nada para mí.

—Pero ahora irá sin dinero… ¿Por qué no me lo da de la caja fuerte? Yo quedaría más tranquila…

Porfirio Malvido la miró, encogió los hombros, y guardó los billetes de nuevo. Se volvió, apartó un gran cuadro con un bello paisaje de Todos Los Santos, y dejó al descubierto la caja fuerte; mientras Brigitte sacaba de nuevo el paquete de cigarrillos y extraía uno… Pero ni siquiera tocó el encendedor, esta vez. Todo lo que hizo fue colocar horizontalmente el paquete de cigarrillos, de modo que la abertura quedó encarada a la caja fuerte y las manos de Porfirio Malvido. Tuvo que apartarse un poco para tomar con más claridad la película, pero lo hizo con toda naturalidad, tranquilamente Ni siquiera ella oía el debilísimo sonido de la diminuta máquina funcionando.

Evidentemente, cabía hacerse una pregunta: ¿cómo un hombre como Porfirio Malvido había llegado a primer ministro, a gobernante de un país, aunque este fuera pequeño, y no excesivamente adelantado? Como en un fogonazo, Brigitte se imaginó allí a Tristán Romero, en lugar de Malvido. Sin duda, las cosas habrían ido de muy diferente manera. El truco del dinero no habría servido, sin duda, para obligar a Romero a mostrar la caja fuerte, abrirla… Habría tenido que emplear otro: que le guardase documentos, o joyas… No, no… Ni así habría podido manejar a Tristán Romero…

Pero, afortunadamente, quien estaba allí era Porfirio Malvido, que abrió la caja, la dejó tranquilamente abierta, sacó unos fajos de billetes, separó dos y los tendió a la espía.

—Que sean veinte mil —dijo—. Y no proteste.

—Pero, excelencia, esto quizá ni siquiera sea necesario… Espero que me lleguen pronto los folletos, podré marcharme a Puerto

España, y entonces…

—Creo que me las arreglaré para que el servicio de Correos de Todos Los Santos retenga su correspondencia —bromeó Porfirio—. Y así la tendré conmigo varias semanas… o siempre.

Brigitte, que estaba tomando el dinero, se quedó inmóvil, mirando intensamente al primer ministro. Su mano tembló un poco, y Porfirio comprendió que aquella hermosa muchacha estaba emocionada, y en verdad impresionada ante un hombre como él. Eso creyó Malvido, al menos.

De modo que aprovechó la situación. Abrazó a Brigitte, la besó en el cuello y subió lentamente las manos por la espalda, hasta la delicada, finísima nuca…

La voz de Baby sonó temblorosa, como quebrada:

—Excelencia… Exce… len… cia, no…

Porfirio Malvido tomó en sus labios los de la mujer. Y ella subió los brazos, se apretó contra él, correspondió al beso, cálida, lentamente… Uno de aquellos besos que la más astuta espía del mundo tenía siempre preparados para repartir.

Quizá demasiado hermoso, porque Porfirio Malvido empezó a perder la compostura casi inmediatamente. Sus manos se deslizaron por los hombros de Baby, al descubierto cuando él bajó los dos finos tirantes del ligerísimo vestidito…

Ella apartó entonces los labios, que musitaron, temblorosos:

—No… Eso no…

—¿Por qué no? —jadeó él—. Tenemos por delante…

—No, no… Excelencia, no, por Dios…

—No me llames más excelencia…

La volvió a besar. Brigitte correspondió de nuevo, pero otra vez tuvo que retener las manos de Porfirio. Se apartó, «sofocada», y se quedó mirándolo, muy abiertos y brillantes los ojos.

—Porfirio… —musitó—. Estamos en tu despacho… No me parece que sea el momento de…

—¿Qué más da? Nadie entra aquí si yo no lo autorizo…

—No… Ahora, no… Me estás… obligando a creer que me has dado dinero porque así te parece que… que soy una aventurera que es eso precisamente lo que quiere…

—¡No! Eso no, querida…

—Pues así… me lo estás haciendo creer… Creo… creo que voy a

devolverte el dinero, y a marcharme…

—Espera… Tienes razón. He sido demasiado impetuoso…

—Demasiado, Porfirio. ¿Puedo marcharme?

—Si así lo deseas… ¿Almorzarás conmigo?

—No… Preferiría… preferiría cenar… En tu villa creo que… que estaremos mejor…

Pareció que los diminutos y negros ojos de Porfirio Malvido se ponían al rojo vivo, y se notó claramente su esfuerzo por contenerse, por no abrazar nuevamente a Brigitte.

—A las ocho… —jadeó—. Te espero a las ocho. Daré permiso a José, a todos… Estaré solo, esperándote… ¿Vendrás?

Brigitte guardó los cigarrillos, el dinero… Se quedó mirando «emocionadísima» a Porfirio Malvido, y asintió con la cabeza.

—Esta noche —musitó— estaré contigo, Porfirio.

Y se marchó.

* * *

En su *suite* del hotel Arenas de Todos Los Santos, la espía acabó su trabajo de revelado, utilizando su diminuto equipo personal obsequiado por la CIA meses atrás. Allá tenía a Gordon Carpenter, el hombre que quería el proyecto «AK-99» de Todos Los Santos. Solo tenía que poner aquellas fotos en un sobre, enviarlo a tío Charlie, y en menos de treinta horas sabría si aquel hombre estaba dentro del mundo del espionaje profesional o era un oportunista casual.

También quedó revelada la película de las manos de Porfirio Malvido abriendo la caja fuerte.

Una buena película, digna de la altura profesional de la agente Baby, quien, tras proyectarla treinta y nueve veces, tenía ya anotada la combinación para abrir la caja. Respecto al modo de entrar al despacho de Porfirio Malvido, estaba convencida de que habría pocas cosas más fáciles que aquella. Solo tendría que trepar por una enredadera del jardín interior de la casa presidencial, hasta una de las ventanas del pasillo. Luego, cruzar el antedespacho y llegar al de Porfirio sería cosa de niños. En cuanto a llegar al jardín interior de la casa presidencial, requeriría tres minutos de espera bien controlada con respecto a la vigilancia rutinaria del soldado de

guardia; luego, una rápida escalada del grueso muro… y todo terminado.

Repasó su equipo: pantalones y jersey negros, muy ceñidos, zapatillas de goma, cuatro ventosas, una fina cuerda de plástico negro, una linterna… Afortunadamente, antes de salir de Nueva York, Anatolio se lo había explicado todo muy bien, y ella había llegado perfectamente equipada a Todos Los Santos, empezando por la diminuta microcámara con la que tendría que fotografiar el proyecto «AK-99».

Bien… Solo quedaba almorzar tranquilamente, y luego echar otra buena siesta bajo una de las sombrillas de la playa. Para aquella noche tenía que estar en verdad descansada y fresca.

Y ojalá tuviese tanto éxito en el golpe final como en los preparativos.

Capítulo VIII

Anatolio Cervantes abrió la puerta de la cabaña, y se quedó mirando ansiosamente a Brigitte.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Todo bien, querido. Ahora solo falta el pequeño detalle de que tú me des el segundo millón.

—Está bien. Ya lo he conseguido.

—Magnífico.

Cervantes sacó un paquete de debajo de las viejas cestas con olor a podrido y a mar, y lo entregó a la espía, que lo abrió y examinó el auténtico contenido. Todo estaba bien. A simple vista se calculaba que allí había un millón de dólares, y los billetes eran ciertamente legales.

—¿Y ahora? —gruñó Anatolio.

—Ahora, iré a tomar esas microfotos del proyecto «AK-99». Pero a mi manera, sin prisas. Antes, tengo que cenar con Porfirio.

—¡Cenar con Porfirio…!

—El plan es muy sencillo. Cenaremos, estaremos allá charlando o lo que sea…, y en el momento oportuno echaré una píldora en su copa de champaña o vino. Con eso, Porfirio tendrá que dormir bastante rato. Por lo menos, el que yo necesito para ir a la casa presidencial, volver ya con las microfotos y simular que no me he movido de allí. A Porfirio Malvido le gusta beber. Creo que no será difícil hacerle creer que bebió demasiado, y durmió unos minutos, durante los cuales yo no me separé de él.

—¿Así de sencillo?

—Querido, yo hago las cosas con sencillez. ¿Qué esperabas?

—No sé… Lo veo todo demasiado simple… ¿Recuerdas bien cómo has de entrar en la casa presidencial, en el despacho…?

—Tus planos y explicaciones fueron muy buenos. Y coinciden con lo que yo he visto de la casa presidencial esta mañana, durante

mi visita al primer ministro. No te preocupes: todo saldrá bien.

—Ojalá… ¿Cuándo vendrás a entregarme las microfotos?

—Creo que será mejor que seas tú quien venga a buscarlas. He alquilado antes de venir aquí una pequeña lancha, se supone que para dar bonitos paseos por estas preciosas islas, mientras espero noticias de Estados Unidos sobre mi trabajo de vendedora de autos. Pero la verdad es que pienso marcharme en esa lancha en cuanto te haya entregado las fotografías.

—¿Y quién me asegura que no te irás antes de entregarme las fotografías?

Brigitte abrió la puerta de la cabaña y se quedó mirando fríamente a Anatolio Cervantes.

—Yo, la agente Baby —replicó secamente—. Hacia las doce, espérame en la lancha. La encontrarás pronto. Es completamente blanca, y tiene el nombre de *Coral*.

Y salió sin dar más explicaciones. Todavía tenía mucho trabajo por delante aquella noche.

También parecía tenerlo Anatolio Cervantes. Apenas hacía un par de minutos que Brigitte se había marchado, cuando volvieron a llamar a la puerta de la cabaña… Empuñó la pistola y se colocó a un lado.

—¿Quién es? —preguntó, tensa la voz.

—Carpenter.

Cervantes abrió inmediatamente.

Gordon Carpenter entró, fruncido el ceño hoscamente, y se quedó mirándolo.

—Quiero saber inmediatamente cuál es su juego, Cervantes. El de usted y el de su novia.

—¿Nuestro juego…? ¿Acaso no lo sabe usted?

—No del todo. Desde el mediodía tengo bajo vigilancia a su novia…

¿Y sabe por qué? Porque me tomó unos cuantas fotos con una microcámara oculta en un encendedor, en la sala de espera de la casa presidencial… ¿Por qué?

—Bien… Yo creo que está cometiendo una tontería, Carpenter. Si ella se da cuenta de que la están vigilando, y tenga por seguro que se dará cuenta, no tendremos nunca en nuestras manos el dichoso proyecto «AK-99».

—¿Por qué?

—Porque precisamente esta noche mi novia va a por el proyecto donde lo tenemos oculto, al mismo tiempo que piensa poner a salvo los dos millones recibidos. Si alguien la sigue, ella se dedicará a cualquier cosa menos a ir a buscar el «AK-99».

—Quiero esas fotos que tomó de mí, Cervantes.

—No podrá ser, por el momento… Digamos que hemos recurrido al sistema… testamentario, por si nos ocurre algo a cualquiera de los dos.

—¿Todavía cree que puedo traicionarlo? —masculló Carpenter.

—Nunca se sabe. Pero si lo hace, tenga presente que sus fotografías, junto con una explicación detallada, llegarían a determinado lugar, y entonces de nada serviría el proyecto «AK-99». Eso lo pensamos por si usted ha variado los planes iniciales en algún sentido. Por ejemplo, eliminarnos.

—Maldita sea, Cervantes… ¿Cómo tengo que decirle que sin usted no va a servirnos de nada el «AK-99»?

—Simple precaución por nuestra parte. Quizás a usted se le ocurriese, más adelante, utilizar a otro que no fuese yo.

—¿Cree que me gusta complicarme la vida?

—Espero que no. En tal caso, siga aceptando nuestro modo de hacer las cosas, y dentro de poco tendrá el proyecto «AK-99». Por cierto: prepare los otros tres millones.

—¿Cuándo tendré el «AK-99»?

—Iré a llevárselo a su yate a la una.

—¿Está seguro de que lo tendrá a la una? —exclamó Carpenter.

—Tenga el dinero preparado. Yo iré al *Tornado* a esa hora.

—No… Si de verdad ya tiene… o tendrá los proyectos a esa hora, será mejor que vaya a llevármelos a isla Criba… ¿Tiene lancha?

—Sí… Tengo una —admitió Cervantes.

—Espléndido. Escuche, Cervantes: hace ya dos días que el submarino está rondando isla Criba. Tuve una llamada precisamente esta tarde, indicándome que no pueden esperar más para la descarga de la primera partida de material. Hay varias lanchas rondando la isla…

—Solo buscan mi cadáver, no un submarino.

—¡Pero pueden localizarlo! Por tanto, preciso urgentemente esos

planos, para entregarlos a los del submarino, que descarguen esa primera partida de material, y que vayan a por la siguiente. De manera que en cuanto usted tenga el «AK-99», vaya a isla Criba, sin luces en su lancha.

—No podré localizar el submarino…

—Yo estaré ya dentro de él. Cuando llegue a menos de media milla de isla Criba, accione esta radio —le entregó una pequeña radio de bolsillo—. Yo recibiré la señal, y por medio de ella misma le daré indicaciones. El submarino emergerá, lo recogeremos, examinaremos los planos… Luego, usted y yo volveremos en su lancha a la ciudad, el submarino descargará, y al día siguiente empezaremos la siguiente parte del plan…

—¿Cómo llegará usted hasta el submarino?

—Iré en mi yate, mis hombres me dejarán allí, y regresarán con el yate al puerto… ¿Todo entendido, Cervantes?

—Todo, por mi parte. Ahora, solo falta que usted ordene a sus hombres que dejen de vigilar a mi novia.

—De acuerdo… Permítame.

Gordon Carpenter utilizó la radio que acababa de entregar a Cervantes para ponerse en contacto con sus hombres. Les ordenó que dejasen de seguir y vigilar a la muchacha, y que le esperasen en el yate… Luego, devolvió la radio a Cervantes, y se marchó…

* * *

A media milla de allí, con el coche a marcha lenta, Brigitte cerró el receptor por medio del cual había escuchado toda la conversación, gracias al micrófono que había dejado clavado en la parte interior de la puerta de la cabaña.

Tenía el ceño fruncido, y en su mente las piezas empezaban a moverse, buscando un asentamiento exacto, perfecto. Pero no lo conseguía. Algo había allí que ella no entendía. Algo no funcionaba bien… Y la explicación debía de estar en el proyecto «AK-99». Estaba segura de que en cuanto viese aquellos planos, sabría la verdad definitivamente.

Alzó la mirada hacia el retrovisor, pero no vio nada. La habían estado siguiendo en todo momento, con las luces apagadas, y, en efecto, se había dado cuenta. Pero, puesto que Gordon Carpenter

había dado la orden de no seguirla, podía empezar la penúltima fase de su extraño trabajo tan casualmente conseguido en Nueva York por medio de aquel anuncio en el que se solicitaban espías.

Ahora, urgía acudir a la cita con Porfirio Malvido, cenar con él, dejarle beber…

* * *

Porfirio Malvido dejó la copa sobre la mesita, y se volvió de nuevo hacia Brigitte, brillantes los ojos, tenso el rostro… Estaba sentado en un pequeño sofá, de espaldas a la ventana del comedor, que daba al jardín. Más hacia el centro del comedor se veía la mesa, todavía con las dos velas rojas ardiendo, lanzando móviles sombras hacia las paredes y el exterior.

—Jane —jadeó Porfirio—. No más espera, no más…

—Déjame terminar esta copa… Una copa más, querido mío… Yo misma te serviré…

—No más esperas…

—La última copa —sonrió ella dulcemente—. O, como dicen los buenos amigos, la penúltima… La última copa, nunca llegará para nosotros…

Porfirio la abrazó fuertemente, estrujándola, buscando los labios de la espía en la semioscuridad de luna y de dos velas. Las grandes manos del hombre ascendieron por el torso femenino, hacia los hombros…

Solo que aquella vez no era necesario bajar ningún tirante del vestido, puesto que no los tenía; el escote era profundo, agudo, y la dorada piel de la espía brillaba como el oro…

Los labios del primer ministro se posaron en uno de aquellos finos hombros, mientras la espía acariciaba su nuca lentamente. Luego, Porfirio buscó los frescos labios, y también los encontró…

—Porfirio, mi amor… No más, ahora… La penúltima copa… Luego…

Consiguió apartarlo. El hombre se quedó mirándola, con los diminutos ojos encendidos. Brigitte le sirvió otra copa, y echó en ella una pequeña píldora. Lo hizo a la descarada, sin precauciones de ninguna clase… Ni siquiera pensó que Porfirio podría verla, ya que, aunque así fuese, él sería incapaz de reaccionar, de pensar…

Porfirio Malvido era un hombre completamente anulado en su potencia mental.

—La penúltima copa, amor —susurró la espía.

—Está bien…

Porfirio la cogió, la vació de un trago, y se quedó mirando a la divina espía.

—Ya está… Ya he bebido la penúltima copa…

—Entonces, déjame que yo termine la mía.

Lo hizo lentamente, bajo la ávida mirada del primer ministro. Un hombre tan grande, tan fuerte, que el narcótico tardaba más de lo normal en producir su efecto… ¿Cuánto tardaría aún? ¿Dos minutos, tres, cinco…?

La exclamación de rabia, a espaldas de ambos, los sobresaltó por igual, obligándoles a volverse vivamente hacia la ventana.

—¡Porfirio! —chilló la voz femenina.

Y Porfirio Malvido lanzó una maldición.

—¡Vete! —aulló—. ¡Vete de aquí ahora mismo, Lupe!

Brigitte se puso en pie inmediatamente. Retrocedió unos pasos cuando Lupe Marcos de Romero, casi chillando de rabia, de celos, pasó al comedor, por encima del ancho y bajo alféizar del ventanal. Se quedó delante de Porfirio, casi cayendo al dar una feroz vuelta al sofá.

—¡Que me vaya! —gritó—. ¡Tú me dices que me vaya…!

—¡Vete!

—¡Te he estado esperando todo el día en tu cabaña…! ¡Y he sido tan estúpida de creer que era verdad que tenías trabajo…! ¡Todo el día esperándote, y tú… tú… tú…! ¡Cerdo!

—¡Te digo que te marches! ¡Jane, ven aquí…! ¡Tú no tienes que marcharte…! ¡Jane!

Pero Brigitte corría ya hacia la puerta…

—¡Déjala que se vaya! —oyó a Lupe—. ¡Déjala que se vaya, que ya la encontraré…! ¡Pero tú…!

—¡Jane, vuelve! —oyó todavía la espía a Porfirio Malvido.

Pero fue lo último que oyó, porque corría velozmente hacia su coche En menos de un par de minutos, Porfirio Malvido quedaría dormido, y todo se calmaría. Mientras tanto, ella tenía tiempo de ir a la casa presidencial, tomar las fotografías del «AK-99»…

Lo que ocurriese entre Porfirio Malvido y Lupe Marcos, no le

interesaba. Pero, desde luego, los dos merecían aquella lección… Una lección que recibían de una espía. Después de aquello, ambos tendrían base para meditar, motivos para recapacitar…

Capítulo IX

Todo había salido a la perfección. La intrusión hasta el despacho de Porfirio Malvido había sido perfecta. Calculando el tiempo al segúndo, sorteando la discreta vigilancia, pura rutina… En Todos Los Santos no había complicaciones políticas, ni de ninguna clase. El Ejército era pequeño, no había rencillas con nadie, ni síntomas de revoluciones… Nada. En Todos Los Santos, se vivía tan completamente en paz que la entrada de una espía en la casa presidencial habría sorprendido a todo el mundo.

De este modo, la vigilancia no solo era escasa, sino de pura rutina, como algo que se ha de hacer, y se hace. Eso era todo.

Como consecuencia de ello, la agente Baby de la CIA estaba llevando fácilmente a cabo el trabajo que había aceptado de un modo particular.

Tras las dos últimas vueltas del disco, se oyó, al otro lado de la gruesa puerta de la caja fuerte, el chasquido revelador. Un suave tirón, y la puerta cedió, hacia afuera.

Entonces, el delgadísimo rayo de luz dejó de apuntar el disco de la combinación, para entrar en la caja, sobre montones de papeles, dinero… Una manita enguantada ahora en negro empezó a remover cuidadosamente el montón de documentos, con habilidad, sin precipitaciones. En menos de un minuto, el sobre quedó al descubierto. Estaba casi al final del montón que había al fondo de la caja, y en su cara anterior mostraba la sigla de identificación: «AK-99».

Estaba cerrado, pero eso también había sido previsto. Una delgadísima hoja de acero, flexible, se introdujo entre los bordes pegados, y comenzó a separarlos, despacio, con perfecta habilidad. Aquel delicadísimo trabajo requirió no menos de cinco minutos. Transcurridos estos, el sobre quedó abierto, y en pocos segundos todo su contenido estaba sobre la mesa del despacho de Porfirio

Malvida.

La luz de la pequeña linterna fue ahora hacia el primero de los folios de grueso papel. Y lo primero que se vio en este fue una isla, dibujada magníficamente. Una isla que parecía taladrada por todas partes, perforada… Debajo estaba el nombre, aunque Brigitte ya no lo necesitaba para saber cuál era aquella isla: isla Criba.

Pasó el primer folio, y examinó lo dibujado en el segundo. Dibujado siempre magníficamente… Unos dibujos de calidad poco menos que insuperable… Y al ver aquel dibujo, la espía lanzó una exclamación ahogada. Rápidamente, pasó el segundo folio, para examinar el tercero, y de nuevo tuvo que contener una exclamación. Los demás folios fueran pasando más velozmente que los primeros, movidos por las temblorosas manos de la espía internacional.

—Dios mío —gimió Baby—. Dios mío, están locos…

Notaba frío el rostro, y tuvo que hacer un esfuerzo para contener el temblor de sus manos. Colocó los folios bien apilados, con el primero encima, y preparó la máquina fotográfica. Tomó la primera foto, la segunda…

Y, de pronto, se detuvo.

¿Qué estaba haciendo? ¿Tomando fotos? Era absurdo… ¿Acaso podía permitir que aquellos papeles que detallaban el proyecto «AK-99» quedaran allí, al alcance de otras personas?

Tras una brevísima vacilación, la agente Baby guardó la máquina fotográfica en una cartera negra de piel. Luego, los documentos del «AK-99», todos, el juego completo, dentro del sobre. Al día siguiente, Todos Los Santos no poseería el proyecto «AK-99».

En menos de veinte segundos, Brigitte recogió todo lo que había estado utilizando, excepto la linterna. Cerró la cartera, cerró también la caja fuerte, colocó el cuadro en su sitio… Fue a la puerta del despacho, la abrió, salió al antedespacho de Tristán Romero, y…

—No se mueva.

La punta de una pistola se clavó duramente en los riñones de la espía, pero solo un instante. Enseguida, y durante apenas dos segundos, se oyeron tenues pasos… De pronto, la luz se encendió, y Brigitte tuvo que entornar los ojos, deslumbrada. Pero no necesitaba ver para saber que ante ella, pistola en mano, estaba el propio

Tristán Romero.

—La señorita Smith, vendedora de coches de la casa Panter Car —deslizó fríamente Romero—. Supongo que eso es una mentira.

—Una mentira, señor Romero, en efecto.

—Vuélvase de espaldas. Y deje esa cartera en el suelo. En cuanto a la pequeña linterna, ni siquiera se moleste en apagarla. Simplemente, sin mover ni un dedo, déjela caer… Hágalo, o disparo.

—Está cometiendo un error, señor Romero.

—Es posible. Obedezca.

Brigitte obedeció, y Tristán Romero se hizo cargo de todo. Examinó brevemente la linterna, con todo cuidado, antes de apagarla y guardarla en un bolsillo.

Luego, abrió la cartera de piel, y lo primero que vio fue el sobre que contenía el proyecto «AK-99». Sus ojos parecieron lanzar unos fríos dardos hacia Brigitte.

—¿Están locos? —musitó—. ¿Todavía insisten en esto?

—¿Quiénes insistimos, señor Romero?

—Quienesquiera que sean ustedes… Jamás conseguirán realizar el «AK-99». No mientras yo tenga vida, señorita Smith.

—¿Usted… no está de acuerdo con ese proyecto? —musitó Brigitte.

—¿Está bromeando? —sonrió sarcásticamente Romero.

—Por favor, conteste: ¿está de acuerdo con el «AK-99»?

—¡Desde luego que no! Es más, señorita Smith: debo decirle que he venido aquí esta noche precisamente porque quiero organizar para mañana la destrucción de isla Criba. Hubiese querido hacerlo en casa, pero es muy tarde ya, y no he querido molestar a mi esposa… Ni que ella me molestase a mí en un trabajo tan importante.

—¿Encontraron algo en el sondeo de la corriente de isla Criba?

—¿Está enterada de eso?

—Estoy enterada de muchas cosas, señor Romero. Quiero que sepa que soy una espía profesional. Normalmente, trabajo para la CIA.

Tristán Romero lanzó una exclamación de alarma.

—¿Está enterada la CIA del «AK-99», o de algo que…?

—Ha sido todo una casualidad, señor Romero. La verdad es que

fui contratada particularmente por un… amigo o enemigo de ustedes… Todavía no lo sé bien. Su nombre es Anatolio Cervantes.

—¡Ese traidor…!

—¿Traidor? ¿Está seguro, señor Romero?

—Por supuesto que estoy… Un momento… ¿Está tratando de decirme algo?

Brigitte se sentó en uno de los silloncitos del antedespacho.

—Puedo hacer un trato con usted, Romero. Mis confidencias sinceras y totales, por sus respuestas a unas pocas preguntas mías. Como máximo, seis.

—¿Está poniendo condiciones?

—Así es. Entiéndalo bien: vine a Archipiélago de Todos Los Santos de un modo particular, pero en estos momentos mi jefe directo de la CIA sabe dónde estoy, y, aproximadamente, quiénes son los personajes que podrían aclarar algo a los compañeros que viniesen a Todos Los Santos a investigar mi posible… desaparición.

—No me amenace —gruñó Romero.

—No le amenazo. Solo quiero una conversación inteligente entre nosotros. Después de ello, seremos amigos. Pero si no se lo pareciese así a usted, solo tendrá que apretar el gatillo de esa pistola.

Tristán Romero estuvo unos segundos estudiando a aquella sorprendente damita de ingenuos y bellísimos ojos azules. Por fin, asintió con la cabeza.

—Confiaré en usted de modo relativo, mientras se limite a conversar. Puede empezar cuando guste.

—Muy bien. En primer lugar, creo que debo decirle que su esposa está en estos momentos con Porfirio Malvido. Eso significa que usted, pese a mi buena… intención política, no podrá ocupar el cargo que merece: primer ministro de Todos Los Santos. Un primer ministro con una esposa como la suya, no resulta conveniente.

Tristán Romero, palidísimo, pudo por fin reaccionar, dando un amenazador paso hacia Brigitte.

—¿Qué… qué sucias cosas está… diciendo?

—Puedo demostrar eso en cuanto usted quiera.

—¡Mentira! —Brigitte no contestó. Y Romero estuvo mirándola fijamente durante más de un minuto, antes de susurrar—: No es momento para discutir esas cosas, señorita Smith… Si es cierto,

todo se aclarará. Pero ahora hablemos de usted, de Todos Los Santos, del «AK-99», de la CIA…

—¿Incluso sabiendo que su mujer está con Porfirio Malvido? Romero tragó saliva, todavía pálido.

—Hay… hay cosas que un político debe hacer por encima de todo. Y la principal de ellas es velar por su país, antes que… que por cualquier otra cosa.

Brigitte asintió con la cabeza.

—Si usted piensa así, señor Romero, yo voy a colocarlo en el despacho de ahí al lado. Pero antes deberá ayudarme…, con lo cual, al mismo tiempo, estará ayudando a su país.

—¿De qué modo? ¿Qué está tramando ahora?

—Quiero que vayamos los dos a la villa de Porfirio.

—Ya le he dicho que eso es otra cuestión…

—Lo sé. Pero yo quiero convencerle de que no miento, y, además, necesito pasar a recoger a Porfirio, para… para convertirlo en un héroe, quizá… Por cierto, señor Romero, ¿sabe usted que hay un submarino rondando isla Criba? Un submarino que lleva la primera carga hacia los escondites que indican los planos de la isla.

—¡No! ¡Usted está mintiendo!

Brigitte frunció el ceño y acabó haciendo un gesto de absoluta resignación.

—Como quiera, Romero. Si no acepta mi ayuda, haga lo que le parezca… ¿Me mata ahora, o me lleva a la cárcel, o…? Pero sería mejor que fuésemos a por Porfirio.

—¿Por qué ese interés?

—Porfirio Malvido tiene que morir. Pero quizá me las arregle para que su muerte no despierte comentarios suspicaces o peligrosos. De un modo u otro, él tiene que desaparecer, para que usted se encargue del Gobierno de Todos Los Santos. Siempre procuro que los pequeños países estén bien gobernados. Y él no merece el puesto. Usted, sí.

—Iremos a ver a Porfirio, señorita Smith.

—¿Confía en mí?

—No. Pero no soy un estúpido precipitado. En marcha… Y tenga presente que la estaré vigilando. Usted conducirá mi coche.

—Muy bien. Espero que tendrá serenidad cuando encuentre a su esposa con Porfirio Malvido…

* * *

Fue en verdad difícil para Tristán Romero conservar la serenidad cuando encontró a su esposa con Porfirio Malvido. Si bien las cosas no sucedieron como él había estado imaginando. Estaban muy juntos los dos, ciertamente, pero tendidos en el suelo.

Porfirio Malvido parecía inmerso en un sueño inquieto, que iba cediendo. Tenía el rostro lleno de sudor, las manos crispadas, la ropa revuelta… Cerca de él estaba Lupe Marcos de Romero, estrangulada. En su fino cuello se veían las grandes huellas de los pulgares de Porfirio, como dos manchas ya negras, horribles.

Romero alzó la cabeza hacia Brigitte, como aturdido, incapaz de reaccionar.

—Dios mío… Esto… esto…

—Lo siento —musitó Brigitte.

—¿Lo… lo siente…? Pe-pero ¿qué… qué ha pasado, qué…?

—Debo decirle que su esposa nos sorprendió a Porfirio y a mí. Yo me fui, y él la… estranguló. Luego, quedó dormido, bajo los efectos del narcótico que yo le había administrado antes de la llegada de su esposa.

—Pero esto… es horrible…

—Quizá no debería lamentarlo tanto —dijo gélidamente Baby—. Esto soluciona muchas cosas, Romero.

Romero cayó sentado al suelo, como aniquilado, mirando con ojos desorbitados a la espía.

—Usted… usted está loca. Es… es de una frialdad… una frialdad horrible que…

—Está olvidando a su país, señor Romero.

—¡Mi país! ¿Cómo puedo… pensar ahora en nada…?

—Debe hacerlo.

—¿Cómo? ¿Cómo hacerlo…? ¿Qué puedo hacer?

—Ahora es incapaz de pensar sensatamente, y yo le comprendo. Pero yo pienso siempre sensatamente, con absoluta frialdad. Quizá le parezca un poco monstruosa, pero hay cosas más importantes que hacer que lamentarse. Se ha hecho una especie de… justicia, por un lado. Falta el golpe final. Si quiere acabar de hacer algo por su país, serénese. Y yo le diré lo que debe hacer. Y una de dos, Romero: o acepta todo cuanto yo diga, o quizá llegue el final, la aniquilación

total del Archipiélago de Todos Los Santos.

—¿La… aniquilación?

—Aniquilación completa. ¿Qué cree que haría Estados Unidos en cuanto yo les pusiera al corriente del proyecto «AK-99»? ¡No dejarían ni rastro de Todos Los Santos!

—¡Pero Todos Los Santos no tiene la culpa de ese proyecto!

—Si nosotros no actuamos pronto, todo estará perdido. Le diré lo que tenemos que hacer… Y piense que si usted muere, o me veo precisada a matarlo por no colaborar conmigo, ellos seguirán adelante con el «AK-99».

De pronto, atónito, Tristán Romero se dio cuenta de que su pistola ya no la tenía él, sino aquella hermosa mujer que parecía fría y dura como un témpano.

—¿Qué podemos hacer? —musitó.

—Dos cosas, solamente. Una, justificar la muerte de su esposa y de Porfirio Malvido. Dos, destruir a quienes siguen insistiendo en el proyecto «AK-99».

—¿Cómo… cómo vamos a conseguir eso? Ni siquiera sé quiénes son, ni dónde están…

—Yo sé todo eso, Romero. ¿Está dispuesto a ayudarme?

—Sí… Sí, desde luego.

—Entonces, escuche atentamente, porque vamos a entrar en acción…

Capítulo X

Allá estaba la lancha blanca, con el nombre de *Coral*. Brigitte saltó a ella, llevando la cartera de piel negra, y todavía ataviada con los pantalones y el jersey negros, que la convertían poco menos que en invisible. Anatolio Cervantes no estaba allí, pero apareció apenas medio minuto más tarde, procedente del muelle. Saltó a la lancha, que se balanceó de nuevo suavemente.

—¿Lo has conseguido? —preguntó.

—Desde luego.

—Asombroso… Asombroso de verdad… Ahora, pon rumbo a alta mar.

—¿Por qué? Mi trabajo termina aquí. Ya he cobrado los dos millones de dólares, te entrego el proyecto, y me voy…

—No te vas. —Una enorme pistola apareció en la mano de Anatolio Cervantes—. Pon la lancha en marcha, mar adentro.

—Anatolio, no te entiendo… Si tú quieres ir a entregar los planos, puedes hacerlo. Pero yo te espero en tierra firme, para…

—¿Para irnos juntos a Europa? —rio Cervantes.

—Claro…

—¡Eres realmente estúpida, querida! Vámonos mar adentro… Y que sea ahora mismo. ¿O prefieres un balazo?

La espía se mordió los labios. Parecía aturdida, asustada, desconcertada. De pronto, sin más comentarios, se hizo cargo de los mandos de la lancha, y en pocos segundos esta se deslizaba mar adentro…

—No comprendo esto… ¿Acaso no confías en mí, y crees que el proyecto «AK-99» no está en la cartera…?

—Oh, sí… Estoy convencido de que sí, querida. ¿Por qué no he de creerlo?

—Pero entonces…

—Entonces, significa que ya no te necesito para nada. Por tanto,

voy a matarte.

—¡Pero no puedes hacer eso…! ¡Nos queremos, hemos conseguido lo que queríamos, lo que…!

—¿Por qué no te callas?

—¡Yo tengo los dos millones de dólares, tú no podrás recuperarlos jamás…!

—¿Y eso qué importa? Tendré mucho más dentro de poco. De momento, ahora, cuando entregue el proyecto «AK-99», me darán otros tres millones. Y dentro de un par de días, quizá tres o cuatro… ¿Adivinas quién será el primer ministro de Archipiélago de Todos Los Santos?

—¿Tú?

—¡Exactamente!

—¿Y cómo… cómo piensas conseguir eso…?

—Sencillo. Gordon Carpenter y sus hombres ya tienen preparada una especie de… revolución, y algunos trucos. En esa revolución van a morir Porfirio Malvido, Tristán Romero y Servando Nomes, los tres únicos hombres del Gobierno que conocen la verdad del «AK-99».

—Pero Gordon Carpenter cree que nadie le conoce.

—Así es… Oh, veo que has pensado mucho, querida.

—Creo que lo suficiente. Tú querías ocultarle a Carpenter que el plan «AK-99» era conocido para que no abandonase el asunto. Te interesaba que siguiera en él, pera cobrar los millones y que él hiciese el trabajo de convertirte en primer ministro, tras una revolución bien organizada, y haciendo aparecer al actual Gobierno como los verdaderos traidores y a ti como el mártir patriota que estaba dispuesto a dar su vida por Archipiélago de Todos Los Santos. De eso, a convertirse en primer ministro, una vez asesinados Porfirio, Tristán y Servando, ni siquiera había un paso… ¿No es cierto, querido?

—¿Cómo sabes tantas cosas?

—Aún sé más. Dionisio Gil y tú erais los traidores. Él había confeccionado el plan «AK-99», eligiendo isla Criba. No podía encontrarse mejor lugar en todo el mundo… Dionisio Gil hizo los dibujos, los proyectos… Todo. Mientras tanto, tú entrabas en contacto con Carpenter… ¿O Quizá fue Gordon Carpenter quien te buscó a ti?

—Él me buscó a mí —rio Cervantes—. La idea es suya. La tuvo hace tiempo, cuando vio isla Criba por primera vez… Ideó el plan, lo consultó con quienes le pagan, y lo llevó adelante. Debió de estudiarme bien durante un tiempo, supo que yo era ambicioso… Cuando me lo propuso, acepté inmediatamente. Dionisio Gil y yo empezamos a trabajar, pero, no sé cómo, Tristán nos descubrió, sospechó algo… Un día, no hace mucho, Dionisio Gil terminó el proyecto «AK-99», y nos fuimos a isla Criba los dos para cerciorarnos de que todo había sido previsto. Cuando me convencí de ello…

—Asesinaste a tu amigo Dionisio Gil.

—En efecto. ¿Por qué compartir nada con nadie? Le di un golpe, le metí la cabeza bajo el agua, lo ahogué, y dejé su cuerpo en la corriente… Lástima que ya haya aparecido, ¿verdad?

—Una verdadera lástima —dijo fríamente Brigitte—. ¿Cómo es que el proyecto fue a parar a manos de Tristán Romero?

—Cuando después de ahogar a Dionisio me dirigía hacia nuestra lancha, aparecieron Tristán, Servando y algunos más… Solo sabían que una lancha había partido hacia isla Criba, y sospecharon que éramos nosotros… Supongo que al no ver a Dionisio creyeron que era yo solo… Tuve que correr mucho por la isla, hasta llegar adonde habíamos escondido la lancha. Y mientras corría, la carpeta con los proyectos se me cayó… Si me hubiese vuelto a buscarla, me habrían matado, seguramente.

—¿Por qué? Con detenerte…

—Yo había disparado ya contra ellos, y, por tanto, ellos también tiraban contra mí…

—Bien… Escapaste, pero dejando atrás el «AK-99». Poco después, te enteraste de que lo tenían en la casa presidencial, y decidiste recuperarlo, pero sin que Gordon Carpenter supiera que lo habías perdido siquiera fuese por unos días, ya que entonces podría abandonar todo el asunto, y a ti te interesaba seguir adelante, para ser el primer ministro de Todos Los Santos. Fuiste a Nueva York, pusiste el anuncio en el periódico, me contrataste…

—Y ya está dicho todo. Ahora, solo falta matar a Porfirio y a Tristán y Servando. Inmediatamente, yo seré quien gobierne por fin en Todos Los Santos.

—Y entonces —acabó Brigitte— autorizarás a Gordon Carpenter

a efectuar esas instalaciones secretas en isla Criba.

—¿Examinaste bien el proyecto?

—Sí.

—¿Y de veras lo entendiste?

—Perfectamente, querido.

—No te creo… Fanfarronadas tuyas. Es imposible que una mujer no demasiado lista haya sido capaz de comprender esos planos.

—Si quieres, te lo explico, querido mío.

—Explícamelo.

—Bien… Lo que Gordon Carpenter piensa instalar en isla Criba, aprovechando los miles de agujeros y cuevas subterráneas, es una base secreta de proyectiles dirigidos… —Cervantes lanzó una exclamación, y Brigitte sonrió dulcemente—. No te asombres demasiado de mi inteligencia, querido. Te aseguro que aún es más prodigiosa de lo que tú crees. Por ejemplo… Sé que esos proyectiles dirigidos serán de cabeza atómica, por supuesto, y que tendrán un alcance máximo de mil quinientas millas… Es decir, que cualquiera de ellos llegaría en pocos minutos a Washington, la capital de Estados Unidos. Ahora, imaginémonos una… incipiente guerra mundial. ¿Qué sucedería? Que apenas comenzada, Washington recibiría quizás una docena de proyectiles como ese… Quedaría completamente destrozada la capital de Estados Unidos, y con ella, siquiera fuese por unas horas, quedaría desquiciado todo el sistema político, militar, estratégico, defensivo y ofensivo de Estados Unidos. Eso, aparte de que posiblemente otras capitales importantes norteamericanas sufrirían ese bombardeo, desde la base secreta de isla Criba en el pacífico país de Archipiélago de Todos Los Santos. Estás loco, Anatolio… ¿Cómo has podido permitir eso?

Anatolio Cervantes alzó la pistola, crispadas las mandíbulas. Su voz brotó ronca, temblorosa:

—Apártate de los mandos.

Brigitte obedeció, sin inmutarse, preguntando:

—¿Trabaja Gordon Carpenter para Rusia, Anatolio?

Plop.

La bala disparada tan inopinadamente por Anatolio Cervantes dio en el estómago de la espía, que lanzó un grito, se inclinó hacia delante, dio un par de traspiés, y desapareció por la borda… Ni siquiera se oyó el ruido de su cuerpo al caer al mar, junto a la veloz

lancha. Anatolio se precipitó hacia los mandos, retuvo la marcha y dio la vuelta… Durante un par díe minutos estuvo navegando al mínimo de velocidad, escrutando las negras aguas, manchadas de luz de luna… Pero la agente Baby no fue visible para Anatolio Cervantes.

Y así, tres minutos después, Cervantes, con la cartera negra, se alejó a toda velocidad hacia isla Criba, preparando ya el pequeño radioreceptor de bolsillo, listo para llamar a Gordon Carpenter y ser recogido por el submarino.

Y entonces, solo entonces, algo se movió en el agua. Un plástico negro brillante, que se alzó, permitiendo ver, debajo, la cabeza de la más astuta y peligrosa espía del mundo, que empezó a maniobrar en el plástico negro. Resultó ser una bolsa, en cuyo interior había solamente un pequeño aparato metálico, parecido a un extintor de bolsillo. Conectado el aparato al extremo de la bolsa de plástico, se oyó inmediatamente un siseo, un sonido de aire a presión…, y la bolsa se fue hinchando, hinchando, hinchando…

* * *

Diez minutos más tarde, una lancha movida a remos llegaba junto a la espía. Y a bordo de la lancha, Tristán Romero, que tendió una mano para ayudarla a subir.

—¿Está bien? —preguntó cuando Baby se sentó en cubierta.

—Del todo, Romero; no se preocupe por mí… ¿Le resultó difícil ver el globo con la luz negra?

—En absoluto… Pero como usted me dijo que no me diese prisa, y, además, no estoy muy acostumbrado a remar…

—A partir de ahora podrá utilizar el motor. Veo que Porfirio sigue durmiendo…

—Por fuerza, después de la doble dosis que usted le administró. Brigitte se quedó mirando a Porfirio Malvido y a Lupe Marcos de Romero. De pronto, miró fijamente a Tristán.

—Ahora viene la parte más cruel —musitó—. Pero necesaria, Romero. Su esposa, ya muerta, no protestará porque su tumba sea el mar. En cuanto a Porfirio, morirá sin darse cuenta.

—¿Realmente… piensa… tirarlo al mar? ¿Vivo?

—¿Ha traído el maletín que le entregué?

—Claro…

Romero se lo entregó, y Brigitte sacó de él su pistolita de cachas de madreperla. Sin mirar a Tristán Romero, apuntó al corazón de Porfirio Malvido, y apretó el gatillo. Pareció que nada había sucedido… Pero Porfirio ya no bajaría vivo a las profundidades del mar.

—Santo Dios… —musitó Romero—. ¿Cómo… cómo ha podido… hacer esto…?

—No es la primera vez que mato, Tristán. Y le aseguro que es la asignatura que menos me gusta de mi profesión. Pero a veces hay que hacerlo. Quizá no quiera creerme, pero una vez, fríamente, mate a un compañero mío, de la CIA. Y lo hice porque aquel hombre, como Porfirio Malvido, estaba mejor muerto que vivo… Son hombres que pueden ocasionar mucho daño al mundo… Porfirio Malvido vivía solamente pera él, para sí mismo. Y eso, Tristán, no puede ser cuando se dirige una nación.

—Pero matarlo así…, tan fríamente…

—No ha sido tan fríamente —musitó Brigitte—. Pero por mucho que se lo explicase, usted no lo entendería. Nuestras profesiones, y por tanto nuestros puntos de vista, son… completamente diferentes. Usted lucha por su país, Tristán. Yo lucho por el mundo, por todos los países. Ayúdeme. Aunque es mejor que no lo haga… Ya ha sufrido demasiadas impresiones… Yo los tiraré al mar…

Estaban ya lastrados. Tristán Romero ayudó a Brigitte a tirar al mar al gigantesco Porfirio, pero se volvió cuando se trató de tirar a Lupe.

Hecho esto, Brigitte se volvió hacia él.

—Ahora, recuerde esto: un espía los apresó a los tres. A usted, a Porfirio, a Lupe… Y solo usted pudo escapar, entregando al espía enemigo una bomba… Es simple, Tristán… ¿Lo recordará?

—Creo… creo que sí… Sí, por… por supuesto.

—Deme eso, ahora.

Tristán entregó una caja a Brigitte. Esta la abrió, y se quedó mirando la esfera luminosa, con una aguja que se movía incesantemente… Luego, calculó el tiempo transcurrido desde que Anatolio Cervantes disparara contra ella…

—Ya debe de estar en el submarino, intentando abrir la cartera…

Apretó un botón lateral, y la aguja, tras una veloz marcha hacia la izquierda, se detuvo de pronto. En el acto, quizás a un par de millas mar adentro, una enorme llamarada roja brotó del mar, roja, negra y violácea, lanzando nubes de blanca espuma hacia el cielo.

—Según parece —comentó fríamente Brigitte—, Gordon Carpenter y Anatolio Cervantes han pasado a peor vida. Y con ellos el submarino y las primeras piezas para los proyectiles dirigidos… ¿Algo más, Tristán?

—Usted… usted es…

—Solamente una espía. Le deseo muy buena suerte en su vida política. Pero tenga cuidado: si alguna vez hiciera algo malo, la agente Baby volvería a Todos Los Santos. Y no en plan amistoso, precisamente.

—Ya… la entiendo… ¿La llevo a tierra…?

—Solo hasta el punto de la playa que le indiqué, y donde supongo dejó usted el paquete que le entregué.

—Sí… Lo dejé allí.

—Entonces, déjeme cerca de la playa, y haga bien su papel… Adiós, Tristán Romero.

Se estrecharon las manos.

Y, poco después, la agente Baby, delante de Romero; se quitaba el jersey negro, dejando al descubierto la finísima malla de fibra de titanio que cubría todo su torso, y que había detenido la bala de Anatolio Cervantes. Se quitó la malla, la tiró al mar, y se puso de nuevo el jersey.

Estaba a punto de lanzarse al agua cuando Romero musitó:

—Pero todo… todo le va a resultar difícil y complicado…

—No tanto —sonrió ella—. Si he de serle sincera, lo único que me preocupa es llevar mi maletín hasta la playa. A veces, es bastante pesado.

—Pero ha de salir del país, encontrar ropas, comer…

—Adiós, Tristán —casi rio la espía—. Y nunca olvide esto… No importa cómo ni cuándo, siempre que surja algún nuevo proyecto como el «AK-99», la agente Baby, de un modo u otro, estará allí para destruirlo. Adiós…

Y se lanzó al mar, cerca de la playa…

Este es el final

Mistress Cavanaugh, *mistress* De Brando y *mistress* Stevenson, se pusieron en pie cuando Brigitte apareció en el *living*, sonriendo deliciosamente.

—¡Mis queridas señoras…! ¿Todo va bien?

Les tendió las manos, que las damas se apresuraron a estrechar.

—Queríamos haberle agradecido antes su donativo, pero no estaba usted en casa —explicó *mistress* De Brando—. Y en cuanto nos ha llamado a su regreso, nos hemos apresurado a venir…

—Oh, pero no se precipiten —sonrió la espía—. Todavía no tienen que agradecerme el donativo… Peggy, ¿quieres traer el paquete, por favor?

—Sí, señorita.

Las tres damas se miraron unas a otras, atónitas. Parecían a punto de decir algo, pero Brigitte prefirió no dejarlas hablar.

—Como ven, no ha pasado todavía una semana… Lástima que he tenido que ir a Buenos Aires, para hacer un reportaje interesante… Me entusiasma viajar… Siempre se conocen personas interesantes… Oh, ahí viene Peggy con el millón de dólares.

Ante las poco menos que desvanecidas damas, Peggy entregó el paquete a Brigitte, que lo abrió y mostró su contenido. Las tres damas casi se desmayaron del todo al ver los fajos de billetes…

—Un millón de dólares —sonrió Brigitte—. Como ven, nuestros queridos ancianos tendrán… un final de vida feliz.

—Pe-pe-pero, se-señorita Montfort, ya… ya recibimos su millón de dólares… hace… hace días…

Brigitte alzó las cejas, en la más perfecta de sus representaciones de hipócrita espía. Por supuesto que sabía que el primer millón entregado por Anatolio Cervantes a ella en la misma Nueva York había ido ya a parar a manos de las tres damas, pero ella no se había declarado como remitente, y aquella era su broma del año…

—¿Perdón? —musitó.

—Re-recibimos hace… hace pocos días, un… un millón de dólares…

—¿Les obsequiaron un millón de dólares? —se extrañó muchísimo la divina espía.

—Pu-pues sí… Llegó… llegó de un modo extraño, y… Oh… ¡Nosotras creímos que lo enviaba usted, y por eso vinimos a agradecérselo!, pero usted no… no estaba en Nueva York… Su doncella nos dijo que… que…

—No lo entiendo. Salí para Buenos Aires, pude conseguir el dinero… Y aquí está, señoras. ¿Qué más puedo decir?

—Pero ya… ya tenemos el… el millón de dólares…

—Bueno… En ese caso serán dos… ¿No?

—Sí… ¡Oh, sí, claro…!

—Lo cual quiere decir que nuestros ancianos todavía disfrutarán de un mayor bienestar… ¿No es maravilloso, señoras?

—Sí… Sí, señorita Montfort, sí… Pero ¿quién envió el… el otro millón de dólares?

—Pues… ¿Saben una cosa? Esto me pone muy contenta, porque queda demostrado que siempre hay personas buenas y generosas en el mundo… ¿No les parece?

—Usted… usted es un ángel. Y el otro donante, sea quien sea, también lo es.

—Sin duda —sonrió la espía—. Y ahora, tendrán que perdonarme, pero todavía estoy fatigada del viaje… Pronto las visitaré.

Nuevos apretones de manos…, y las tres damas se marcharon de allí, atónitas, estupefactas… y con otro millón, de dólares.

Brigitte Montfort se quedó mirando a Peggy, la fiel doncella, que, de pronto, se echó a reír inconteniblemente.

—¿De qué te ríes tú? —sonrió la divina.

—De todo, señorita… ¿Champaña con guinda?

—Buena idea… Vamos a celebrar que soy un ángel… por partida doble.

FIN